HISTORIA DE ARRABAL

M A N U E L G A L V E Z

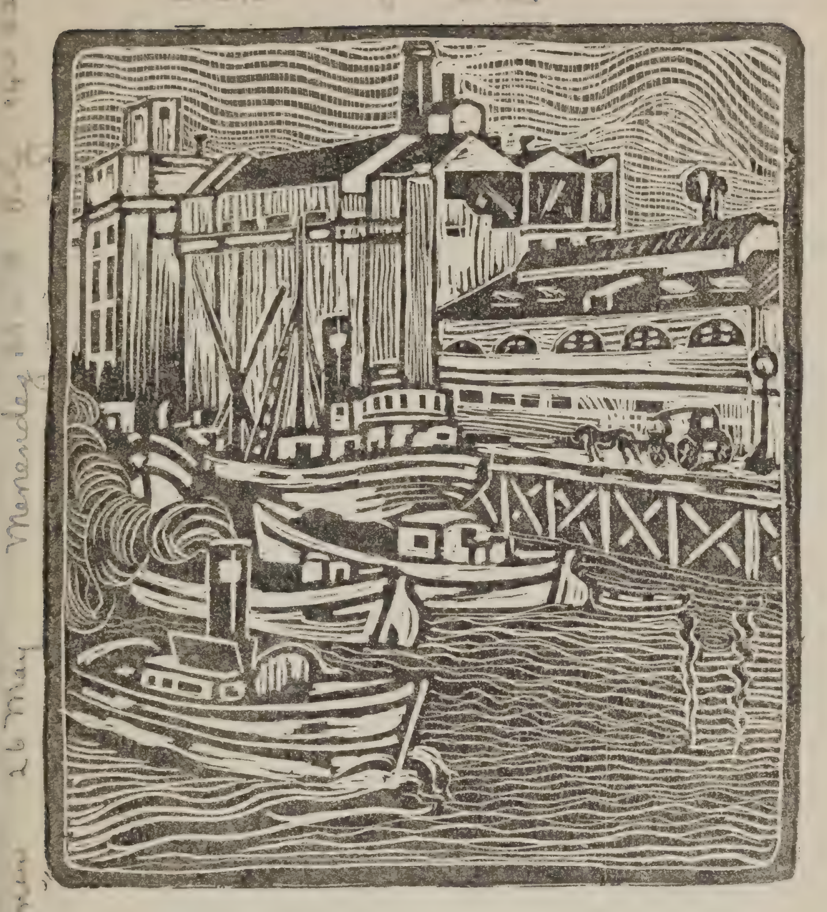
H I S T O R I A DE ARRABAL

N O V E L A

ILUSTRACIONES DE
ADOLFO BELLOCQ

AGENCIA GENERAL DE LIBRERIA Y PUBLICACIONES
RIVADAVIA 1573 — BUENOS AIRES — 1922

Queda hecho el depósito de ley.



I

Era un sábado, a las cinco de la tarde. Las paredes y los techos del Frigorífico, cuyos edificios monumentales se extendían junto al Riachuelo como una inmensa, altísima y compacta

masa blanca, habían adquirido, en aquel atardecer de Mayo, suaves tonalidades azulinas. Por



la corta callejuela de la entrada, de pavimento de adoquines y flanqueada a ambos lados por encalados y gigantescos muros, iban saliendo los

obreros. Se detenían un instante en el portón de hierro, atravesaban, ya fuera del edificio, un pequeño espacio al aire libre cuyo suelo negreaba de polvo de carbón, y se aglomeraban, pocos pasos más allá, en el muelle del *puente,* esperando el trasbordador que habría de conducirles a la otra orilla del Riachuelo.

Salían del establecimiento centenares de empleados. Entre las mujeres, abundaban las jóvenes y bonitas. Sus vestidos, algunos de colores vivos, ponían pequeñas manchas vibrantes y cálidas sobre la sinfonía en blanco y negro de las paredes y del carbón. Mostraban cierta fatiga algunos obreros: tal vez eran de los que, desde las seis de la mañana, y entre arroyos de sangre, pasaron el día destripando las reses o cortándolas. Un fuerte olor, que provenía principalmente de las huellas sangrientas, surgía de la aglomeración de aquellos hombres y se mezclaba a las emanaciones del río.

Rosalinda Corrales, Linda, como la llamaban, salía del Frigorífico sola. No era que no conociese a las demás empleadas, sino que, desde hacía unas semanas, por motivos que no se expli-



caba, tal vez por el horror y la humillación de su vida, sentía una invencible timidez, una especie de miedo hacia las gentes y aun hacia las cosas. La atemorizaban, no sólo aquellos hombres que apestaban a sangre, sino también la fábrica de hierro del *puente*, negra y colosal, más alta que las casas más altas, y que, al andar el trasbordador de una orilla a otra, cargado de hombres y vehículos, producía un ruido espantoso, trepidaba y hacía temblar hasta los muelles del Riachuelo. Rosalinda, bonita y nueva en el Frigorífico, notaba los ojos de los hombres sobre su rostro y su cuerpo, y las miradas curiosas de las mujeres; y ésto la aislaba más, haciéndola alejarse temerosamente de los grupos.

Había cumplido veinte años, era alta y rubia, de cabeza grande y armoniosa. Tenía la piel blanca, los labios gruesos y rojos, las carnes no apretadas pero tampoco blandas, la mirada cálida y acariciante. Gustaba extraordinariamente a los hombres, sobre todo por sus caderas, de suaves y largas ondulaciones. Cuando Linda caminaba, sus caderas se movían muellemente de un lado a otro, pero sin exceso; y a su paso por las calles, iba quedando detrás de ella una estela de pensamientos voluptuosos.

Con los codos en la baranda del trasbordador, Linda miraba pasar el río, las grandes barcas de



colores, las lejanas y humeantes chimeneas, un negro puente de hierro que, como un cortaplumas que se abre, íbase levantando después que cruzó un tren por él, y, perdiéndose a la distancia, entre las sombras del atardecer, las monstruosas y oscuras horquetas de los otros trasbordadores. Distraída, permanecía de codos en la baranda, no obstante haberse parado la máquina y salido los pasajeros, cuando la presencia

de un hombre que le tocaba un brazo la sobresaltó.

—¿Qué estás haciendo? Salí d'áhi.

Linda se estremeció y quedóse inmóvil, como aterrorizada. El hombre la agarró de un brazo y la sacó del lugar.

La tristeza de la muchacha un momento antes, la satisfacción por haber cobrado su primer sueldo, y el relativo olvido de sus desgracias, se trocaron en abatimiento y en pavor apenas sintió sobre su rostro los ojos de aquel hombre. No sabía cómo ni por qué ese individuo la dominaba tan absolutamente. Ella le tenía a la vez odio, repugnancia y miedo, y, sin embargo, no hacía sino obedecerle ciegamente, pasivamente, incapaz de voluntad propia.

El Chino, como llamaban al sujeto, era un muchachón de veintidós años. Tenía el color oscuro, las cejas espesas y negras, las pestañas negras también. Se afeitaba el bigote. El cabello, abundante y profuso, le caía sobre la frente y le tapaba la parte superior de las orejas, saliendo bajo el chambergo. Los ojos, muy adentrados y renegridos, penetrantes y escrutadores, miraban a veces torcidamente, y entonces lo blanco de los ojos, en medio de la negrura de la piel, de los cabellos y de las cejas, daba al rostro del malevo un siniestro aspecto. El Chino usaba en vez de

cuello un pañuelo de seda; calzaba botines de taco alto; los pantalones, anchos arriba, angostábanse a la altura del tobillo. Caminaba levantando los hombros y quebrando el cuerpo. Hablaba en un lenguaje extraño, del que Rosalinda apenas entendía una palabra que otra. Todo en el Chino trascendía a delito y a mala vida.

—Dame eso — ordenó a Rosalinda, mientras costeaban el Riachuelo.

Se detuvieron al borde mismo del muelle. Linda, estremecida y muda, sacó el dinero que acababan de pagarle en el Frigorífico. Iba a pedirle al Chino que le dejara siquiera un peso, pero no pudo hablar. El Chino le arrancó los billetes de la mano, los contó y le dijo a Linda que se fuera a la casa; él no iría por allí en toda la noche. Después se separó de la muchacha y se dirigió a tomar un tranvía que se acercaba. Linda comenzó a andar lentamente, cuando el Chino, que debió temer de súbito que su víctima se le escapara de las garras, retornó a su lado.

—Voy a acompañarte — le dijo, mirándola de reojo.

Pero Rosalinda parecía insensible. Caminaba casi maquinalmente. El Chino la empujó hacia el tranvía. Subieron. Ella ocupó un asiento y el malevo se quedó en la plataforma.

Durante los diez minutos que duró el viaje,



ante los ojos estupefactos e inmóviles de la obrera, sentada junto a una ventanilla, pasaron, en sucesión confusa, los inmensos edificios de la orilla opuesta, ya borrosos a causa de la oscuridad que avanzaba; los grandes barcos, cuyos mástiles desnudos jaloneaban la ruta; las máquinas de cargar carbón, que trazaban sobre el cielo gigantescas y extrañas letras negras; y grupos de trabajadores que sin duda se retiraban a sus ca-

sas. Las luces iban siendo encendidas en los faroles de las calles y en los grandes barcos y vapores.

Cuando el tranvía enfrentó al *puente* Avellaneda, el Chino y Rosalinda bajaron. Entraron en este trasbordador, ocupado el centro por dos carros y atestados los pasajes laterales por gentes que vivían en la isla Maciel. Desde el sitio de Rosalinda se veía la boca del Riachuelo, an-



chamente abierta y como si por ella estuviera entrando la noche; los manchones oscuros de los árboles, en los dos extremos de la boca; y el Río de la Plata, que se extendía infinito, lóbrego y uniforme. Cuando el trasbordador se detuvo, la pareja descendió y entró pocos pasos después en la principal calle del caserío de la isla.

Allí vivían, en aquella barriada de casuchas,— levantadas todas sobre pilotes y construídas con tablas o con planchas de zinc. Pintadas con colores violentos, estaban ahora desteñidas y mugrientas. Distancia de medio metro, más o menos, las separaba; alguna inclinábase hacia su vecina, como hablándole. Todas eran caricaturescas. Las líneas torcidas, las tablas rotas, los colorinches, los pilares enclenques, las rarezas de aquella singular arquitectura de desecho, convertían a las míseras viviendas en caricaturas trágicas. Como los mendigos o los atorrantes, que se visten con los trapos viejos de los bienhallados, así aquellas casuchas del arrabal estaban construídas con viejos e inservibles materiales de las casas de la ciudad. Aquí una cornisa, allí una complicada reja, tenían algo de grotesco. Algunas casas eran de altos, un cuarto sobre otro. Dijérase que a ciertas horas, las más miserables de aquellas casuchas muequeaban siniestramente. En las calles veíanse, junto a las veredas, canoas volcadas.



Aquí y allí algún sauce, a veces entre una casa y otra, en la misma línea del frente, parecía llorar por tanta pobreza. Las calles carecían de pavimento; el suelo negreaba por la humedad constante de la tierra. Bodegones inmundos y covachas donde parecía imposible que pudiesen vivir seres humanos, muchas de ellas refugios de malevos, alternaban con casitas decentes, en su extrema pobreza, habitadas por los trabajadores

de la isla. Hacia todos los lados veíanse mástiles de barcos — en la Boca, en el Dock sur — sobre los techos de las casas o sobre los árboles. Y los tres trasbordadores, gigantescos y negros, visibles desde cualquier rincón del caserío, dominaban aquel arrabal como una enorme obsesión fatídica.

Llegaron adonde vivían. Era una extraña casa que ocupaba un terreno cuadrado, sin un árbol ni una planta. Se entraba en ella por un portón bajo. Allí, sobre pilotes, y en cada uno de los cuatro ángulos, se sostenía, irregular y enclenque, un cuartucho de tablas, pintado de azul y desteñido y al que se subía por tres peldaños de escalera de mano, muy separados uno de otro. Dos de estos habitáculos daban a la calle. Cuando la isla se inundaba, lo que ocurría con frecuencia, las aguas fangosas llenaban el terreno. En la casa, como en casi todo el barrio, había un insoportable olor a pescado podrido. El Chino y Rosalinda ocupaban uno de los cuartos interiores.

Cuando estuvieron dentro de la covacha, donde sólo había una cama muy baja, un par de cajones y una silla, el Chino repitió a la muchacha que no volvería aquella noche. En seguida salió y cerró la puerta con llave.

Rosalinda, al verse sola, sintió como si su entendimiento comenzara a aclararse. Sentada en la cama, tenía los ojos desmesuradamente abiertos; pero no veía. De pronto, aquellos ojos se llenaron de lágrimas, una congoja le subió a la garganta y, arrojándose sobre aquel lecho que odiaba, lloró con angustia.

Pasó una hora. Pasaron dos, cinco horas. Y Rosalinda continuaba llorando. Unos ruidos de pasos y de conversaciones, que venían desde la calle, le indicaron que debía ser ya las doce de la noche. Eran las gentes que salían de un lugar próximo, frecuentado por marineros e individuos maleantes, mezcla de cinematógrafo y de prostíbulo, llamado *El Farol rojo,* porque ostentaba al frente un inmenso fanal de luz bermeja. Rosalinda miraba con terror a aquel lugar. El aspecto repugnante de las tristes mujeres que allí ejercían su oficio, las palabras y los gestos canallescos, las voces de los borrachos, los cantos de los marineros en lenguas ininteligibles, y sobre todo aquella luz trágica que ensangrentaba el suelo de la calle y las paredes de las casas ve-



cinas, todo le infundía, supersticiosamente, visiones de crímenes. Pero era mil veces preferible encontrarse sola con su miedo, encerrada en aquel cuartucho que ocupaba un ángulo del terreno y estaba aislado de los otros tres, que en compañía del Chino.

El llanto cesó por fin. Era que el ansia de liberarse habíasele aparecido como posible. Sentada en el lecho, pensaba, casi como en éxtasis,

en la realización de su designio y en su próxima dicha. ¡No soportar los golpes brutales del malevo, ni su maldad de todos los minutos, ni su insistencia para que ella vendiera su cuerpo, ni la complicidad silenciosa con su medio de vivir, ni su contacto físico y moral! Ahora veía claramente lo que necesitaba hacer. Siempre creyó que huir era inútil; el Chino la encontraría y ella someteríase a su voluntad. Sólo había un modo de salvarse. ¡Y ella lo utilizaría, aunque tuviese que luchar con su conciencia y con su debilidad de mujer!





II

Rosalinda era hija única de un criollo que había servido en el ejército de línea y que había peleado, siendo muy muchacho, en la guerra del Paraguay. Antenor Corrales se casó a los treinta

y cinco años con la hija de un italiano que tenía un fondín en la Boca. Se fueron a vivir a Floresta. La mujer de Antenor era rubia, hacendosa y, para su pobreza y su origen, bastante educada. A los diez años de matrimonio nació Rosalinda. Corrales, que comenzaba a darse a la bebida, creyó que aquella criatura no era su hija, y desde entonces trató a la madre despreciativamente y hasta con cierta crueldad. Por esta época murieron los padres de la mujer, y el matrimonio, después de vender el fondín y alquilar la casa, — todo lo cual habían heredado, — se establecieron en Barracas. Antenor se negó a vivir en la Boca, porque era un "barrio de gringos".

Pero apenas se instalaron en la casita de Barracas, la madre de Rosalinda, enferma por los disgustos y malos tratos que le daba el marido, murió.

Antenor no tardó en reemplazarla. Frente a su casa vivía una prójima que en los días de la enfermedad de la mujer supo hacerse la indispensable. Se llamaba Saturnina Escobar y era una criolla robusta, ladina y mandona. Hacía de curandera y de partera y echaba las cartas. Entró en la casa como curandera, pero poco a poco fué metiéndose en todo y acabó por dominar a Antenor y por juntarse con él. Se fueron del ba-

rrio y tomaron un cuarto en un inquilinato, cerca del Hospicio de las Mercedes.

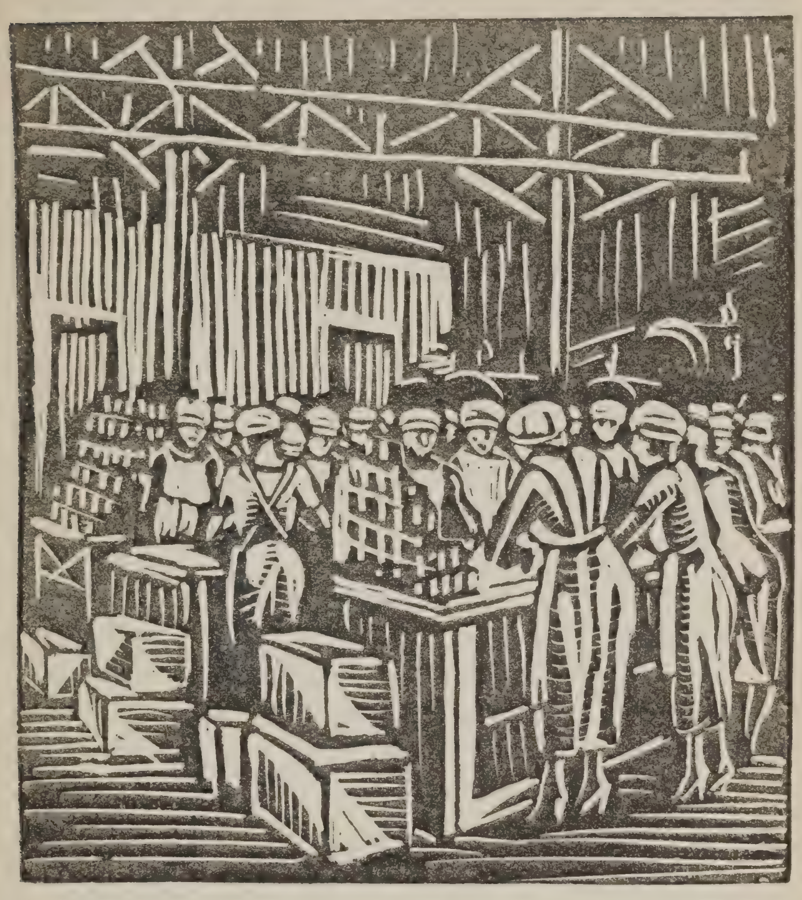
Rosalinda, que al morir la madre tenía dos años, fué desde su infancia una víctima de aquella prójima. Como Antenor no tardara en conocer bien el carácter de Saturnina y recordase a su mujer legítima, con la que ahora se reconocía injusto y de cuya muerte creíase un poco culpable, había puesto su cariño, algo tardío, en Rosalinda. Por esto Saturnina detestaba a la criatura, y solía pegarle brutalmente y hasta no darle de comer.

Mientras tanto, Corrales se iba hundiendo en la inconsciencia. La propia Saturnina le enviciaba. Un día llegó el delirio. Corrales, dominado por la chinonga, había concluído por temerla. Cuando Saturnina adquirió la certidumbre de que el hombre estaba en sus manos, le condujo al casamiento. Poco después, le hizo vender la casa de la Boca. Con el dinero de la venta procedió a su antojo.

Cuando Rosalinda tuvo quince años, la madastra la conchavó en una casa de Constitución. Corrales, que ahora adoraba a su hija y quería

tenerla siempre a su lado, protestó. Pero no pudo nada contra su mujer. Rosalinda soportó aquel trabajo unos meses, hasta que dejó la casa y volvió al inquilinato. Saturnina la llenó de insultos, diciéndole que era una haragana y una vividora, y que debía llevar dinero a la casa si quería que la mantuviesen. Rosalinda contestó que buscaría ocupación, pero que nunca más iba a ser sirvienta.

Una muchacha que vivía en el inquilinato y trabajaba en un Frigorífico, Isaura Manterola, le ofreció hablarle de ella a un alto empleado del establecimiento. Al empleado le gustó sin duda la chica, porque le dió ocupación inmediatamente. El trabajo de Rosalinda no era agradable: diez horas de preparar las pequeñas latas en las que una máquina metía la carne para ser conservada; y no tanto por la duración de la jornada y el trabajo en sí mismo, como por la atmósfera del local, el calor inaguantable, el humo, los vapores producidos por el cocimiento de la carne. Pero todo esto; las asiduidades del empleado, que la molestaba haciéndole proposiciones; el no tener una hora libre en el día; y las perversidades de algunas obreras que la envidiaban porque era bonita; todo esto era preferible a la vida en el cuarto sucio y oscuro del inquilinato, soportando los golpes y las injurias de la madrastra y viendo con pena cómo su pobre padre se iba imbecilizan-



do y cómo ella no podía hacer nada para salvarle de su ruina. Más de una vez pensó en irse de allí. No podía tolerar que su padre continuase bebiendo, y menos que aquella mujer le asesinara lentamente y le tratara sin piedad. Pero ¡cómo había

de abandonar a su padre cuando era la única persona que le quería, la única que tenía para él palabras de cariño!

Volvía Rosalinda una tarde de su trabajo, con dos amigas, cuando, cerca de su casa, se detuvieron en la esquina para despedirse. Y conversaban las tres, cuando Rosalinda notó que un muchacho albañil, que salía de trabajar en una casa en construcción, había quedado paralizado al verla, encandilado por toda su figura.

¡Y la verdad era que estaba linda! Sus quince años florecían magníficamente en sus carnes rubias y pujantes; en sus pechos, que de pronto se habían puesto a brotar y a crecer con fuerza primaveral y que ahora parecían querer romper el corpiño; en su cabeza, de movimientos gráciles; en sus caderas, que ya comenzaban a tornarse ondulantes y tentadoras; en sus ojos, de pupilas oscuras, donde asomaba el ansia de amar, y en su boca, expresiva, roja, quemante, de labios carnosos y de dientes pequeños y apretados. Vestía un descotado vestido bermejo, tan corto que dejaba ver hasta la rodilla. Habíase atado al cuello una cinta colorada, y colocado en el pecho un gran clavel encarnado. El vaho de horno de



aquel día y la atmósfera espesa del local donde trabajaba, la habían sofocado exageradamente. Resultaba así más bella, con la cara ardiendo, los ojos como fuego y la piel rosa. Y con su traje bermejo y aquellos golpes sangrientos de la cinta y del clavel, se hubiera dicho que era el alma del

Frigorífico, de aquel lugar donde diariamente carneábanse tantas víctimas como en los mataderos de una gran ciudad; donde las rojas entrañas de los animales, empapadas y tibias, se amontonaban a cada paso; donde la sangre chorreaba



de dos mil reses colgadas, se coagulaba en gruesas alfombras de color de fuego y brillantez de esmalte, tapizaba el suelo, teñía salvajemente a mil hombres semidesnudos y convertía a los caminos y a las canaletas de la fábrica en hondos ríos trágicos.

Rosalinda apenas notó a su admirador: un muchacho picado de viruelas, de aspecto desairado y tímido, rubio como ella y decentemente vestido. Pero desde aquella tarde, todos los días, a la misma hora, el albañil esperó a verla pasar. Un día hubo un saludo y días después una sonrisa. No tardaron en hablarse. Rosalinda vió que Daniel Forti era un muchacho bueno y trabajador, simpático, honesto y que se había enamorado de ella. Salieron juntos algunos domingos. Algunas veces iban a algún recreo de la Isla Maciel, donde pasaban toda la tarde. Para Rosalinda era cosa de ensueño el andar en lancha con su novio por los riachos, sentarse con él junto a una mesa del recreo y beber refrescos, y permanecer bajo los árboles largos ratos, en silencio, mirándose y unidos de las manos. Una mañana almorzaron allí. Daniel hizo funcionar un piano automático, y los sones desafinados y estridentes fueron maravilla para Rosalinda. Con alegria de libre juventud, bailaron tangos, y la soledad permitióles los primeros besos. Las frases musicales volaban



como pajaritos, y huían, por puertas y ventanas, hacia el riacho, que brillaba metálicamente bajo el sol, o hacia la aterciopelada sombra de las arboledas.

Daniel tenía veinte años y hablaba de casarse pronto. Era un buen obrero y ganaba jornales

excelentes. Vivía solo con su madre, en un inquilinato próximo al parque Lezama. A Linda jamas le dijo una palabra que no fuese respetuosa. Sin embargo, Saturnina, cuando la muchacha volvía de sus paseos, se desbocaba contra ella, tratándola de viciosa e injuriando a su novio. A gritos, como para que todo el inquilinato la oyese, aseguraba que Rosalinda "iba con todos", y que el albañil vivía a costa de ella.

Pero esas injurias no rozaban el optimismo de la juventud en flor de Linda. Y si algo sufría, desde que encaminábase al Frigorífico, a las seis de la mañana, huía toda su pena. Iba a pie, feliz como si acudiese a una cita de amor. Apenas divisaba el Frigorífico, parecíale que toda la blancura de las inmensas paredes penetraba en su alma, llenándola de dulzura y de ilusiones. Dentro, se ponía el delantal azul y la gorrita blanca que uniformaba a las obreras, con la seguridad de que le sentaban bien y lamentando que su novio no pudiese verla así. Trabajaba sin cansancio, pensando en él. Y a la tarde, cuando volvía a su casa, era su dicha infinita y lo que embellecía su vida: Daniel iba a su encuentro y la acompañaba. ¡Qué corto el camino, a la vuelta! ¡Y cómo todas las cosas eran buenas y alegres! No hacía nunca frío ni calor, una inmóvil primavera cantaba en las calles y en los corazones, no había gentes ma-

las, y el aire estaba lleno de besos, de ternuras y de esperanzas. ¡Oh, amor de los quince años, locura del alma y de los sentidos! Rosalinda había sufrido y sufría, la vida no le anunciaba sino tristezas, a su alrededor la maldad humana acechaba; y sin embargo, para ella, como para las hijas de los bienhallados, nada de eso existía ahora. ¡Las mismas ilusiones, los mismos deseos! Solamente que en Rosalinda el amor era más humano. ¡Amor de quien ya sabe lo que es la vida, amor que se engendró en el sufrimiento!





III

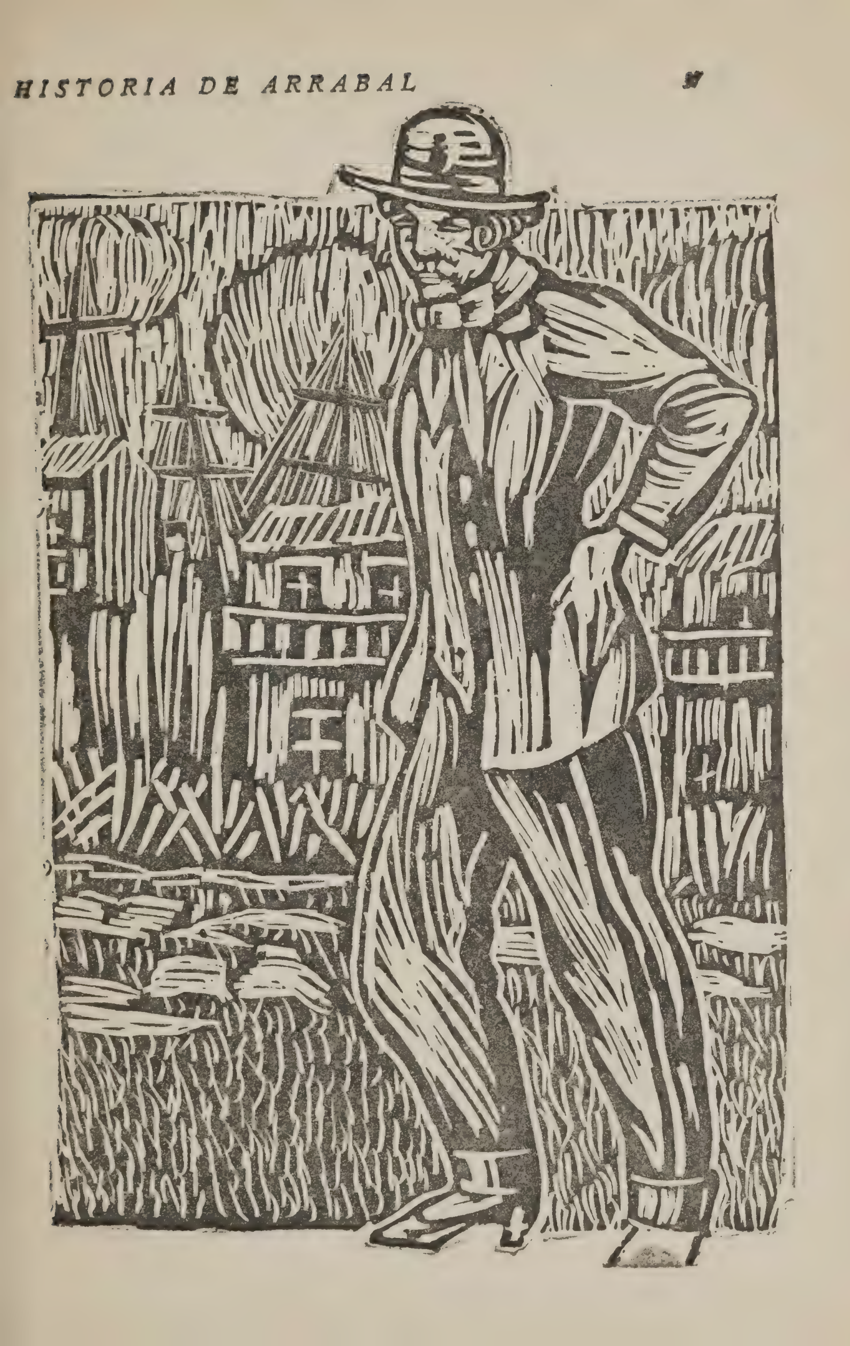
Saturnina tenía un hijo. Era un muchacho vicioso, al que llamaban el Chino. Rosalinda no le veía desde hacía muchos años. Una vez, siendo un chicuelo, el Chino, a causa de una paliza que

le diera su madre, se escapó de la casa. Saturnina no se desveló en buscarle. Alguien le dijo, meses después, que vendía diarios, pero un vigilante que vivía en el inquilinato aseguraba que ejercía el "oficio" de ratero. Años más tarde se supo que era un ladrón audaz y desalmado.

Cuando Saturnina vendió la casa de la Boca, el hijo apareció en el inquilinato. Amenazó a la madre, exigiéndole dinero; y apenas lo obtuvo, se fué para no volver en mucho tiempo.

Una tarde que regresaba del Frigorífico, Rosalinda se encontró en el cuarto al Chino. Había ya anochecido, pues era invierno, y, sin embargo, la pieza estaba a oscuras. La obrerita y el muchacho apenas se hablaron. Pero Rosalinda notó que el Chino la examinaba con curiosidad y que no le quitaba los ojos.

Rosalinda, apenas entró, fué a besar a su padre. Antenor se había agravado en aquellos días y pasaba las horas como idiotizado, en una especie de sopor. A veces deliraba. Rosalinda se sentó junto a su padre y se puso a acariciarle una mano. Al cabo de unos minutos, el viejo pareció salir de su inconsciencia. Irguió la cabeza cuanto



pudo y movió los ojos, con inquietud, hacia la puerta.

—¿Qué quiere, Tata?

—¿Se jueron? — preguntó Antenor con voz apenas inteligible.

—Sí, se fueron. Estése tranquilo.

Rosalinda creyó que el viejo deliraba. Y como en sus delirios solía ver animales dañinos o venenosos, imaginó que preguntaba por ellos. Pero en seguida la muchacha comprendió que se refería a Saturnina y a su hijo. El viejo pronunció unas cuantas frases incoherentes, hasta que el Chino, levantándose de su silla, se arrojó sobre él.

—Cállese, viejo'e...

—Chino, ¿qué vas a hacer? ¿No ves que está enfermo?

El muchacho había alzado la mano para pegar a Corrales, pero Rosalinda, interponiéndose, lo había impedido. El Chino y Linda quedaron frente a frente, mirándose con hostilidad. El malevo había clavado los ojos en los de Linda y parecía como que quisiera penetrarla. Ella resistió un momento aquella mirada dominadora, negra, brutal, aquella mirada que golpeaba en sus ojos femeninos como una cosa material, que penetraba en su rostro como dos cortafierros, que tenía un no sabía ella qué de incomprensible, de fatal, de

espantosamente perturbador. Y bajó los ojos, desorientada, sintiéndose mal. El Chino entonces la abrazó y pegó su boca a la de ella. La muchacha hizo un esfuerzo de toda su alma y todo su cuerpo; pero se encontró envuelta por unos brazos de hierro que la inmovilizaban. Estremecida,



llorosa, forcejeaba por librar su rostro de aquella boca. Todo era inútil: los brazos de pulpo del Chino y sus piernas y todo su cuerpo seguían apretándola, a la vez con odio y con deseo.

Rosalinda iba a gritar, cuando entró Saturnina. El Chino entonces soltó su presa. Rosalinda no dijo una palabra. Jadeante, con el cabello suelto, los labios en sangre, permaneció de pie unos minutos. Miraba hacia todos lados, como si no recordase dónde se hallaba; se hubiera dicho que estaba atontada, en un principio de idiotez. Sentía un vago mareo, no reconocía ni a las gentes ni a las cosas que la rodeaban. Luego se sentó junto a su padre, y allí quedó, con aire casi inconsciente, con los ojos estupefactos, y en la actitud de quien tiene su alma y todos sus sentidos en una sola idea. El viejo había presenciado la escena, y, después de manotear y querer levantarse, había caído en un sopor profundo como nunca.

Saturnina y su hijo secreteáronse.

—¿Por qué hiciste eso? Si llega a gritar, se entera toda la casa de que estás aquí...

—Pero no gritó.

—¿Y si cuenta?

—¿Contar? ¡Bah! Mírela...

El Chino confiaba en que Rosalinda, por temor, no hablaría. Pero debió dudar, porque acer-

cándose a la muchacha, que le daba la espalda, sentada siempre junto al viejo, la amenazó con tajearle la cara si decía, a quien quiera que fuese, que él estaba en el cuarto. Rosalinda no le contestó. Permanecía inmóvil, con los ojos muy abiertos y fijos y con el alma ausente.

A la noche, no quiso acostarse. Quedó allí sentada: y sólo cuando creyó que podría dormir, extendió una manta en el suelo, junto a la cama de su padre, y se recostó. El Chino había ocupado la cama de Rosalinda, pero tampoco se desvistió, como si quisiese estar listo para cualquier emergencia.

Era más de media noche cuando Rosalinda, que dormitaba, sintió sobre sí un cuerpo pesado. Instantáneamente comprendió con terror que era el Chino. Quiso gritar, sabiendo que era inútil toda defensa; pero ya un pañuelo la amordazaba. Se debatió con violencia y desesperación. La certeza de que el malevo tenía propósitos más definidos y firmes que a la tarde, le dió fuerzas prodigiosas. Se agitó, manoteó, intentó escaparse de las garras brutales que la atenaceaban, quiso defenderse pegando, mordiendo, gritando. Pero nada lograba hacer. En una ocasión, pudo libertar una mano y herir al Chino, clavándole las uñas en la cara. El Chino entonces le agarró la cabeza con las dos manos y la sacudió con-

tra el suelo. Media hora duró la lucha. El malevo, exasperado, le destrozó el vestido arrancándole pedazos, la golpeó en la cara y en el cuerpo. Rosalinda temblaba entera, lloraba, daba gemidos roncos. Por fin, no pudo más. Estaba sin fuerzas, medio desmayada. El Chino, entonces, la hizo suya.

Rosalinda quedó sin sentido un largo rato, en el suelo, deshecha. Nadie la socorrió. Saturnina había visto lo que su hijo hacía, pero siguió durmiendo. La muchacha pasó la noche temblando, desmayándose; el terror la tenía helada, y al oír el menor ruido lo imaginaba anuncio de la repetición del asalto. Cuando la luz del amanecer le mostró sus ropas destrozadas y la sangre de su rostro golpeado, se puso a llorar y a llorar. Saturnina y el Chino, mientras tanto, roncaban en sus camas.

Aquel día no pudo ir al Frigorífico. Estaba postrada y enferma. De cuando en cuando, el Chino, que no salió del cuarto ni un solo instante, se le acercaba y la miraba. Rosalinda sentía entonces que aquellos ojos se internaban a través de los suyos hasta lo hondo de su alma; que se apoderaban de todo lo que ella tenía en su espíri-

tu y su corazón; que eran como en un cofre dos manos que roban. Y en esos momentos se volvía inconsciente. Perdía todo movimiento y se quedaba como un ser pasivo, sin personalidad; como un ente sin voluntad ni alma.

En cierta ocasión, muerta de cansancio, se recostó en la cama. No tardó en quedar adormecida, y al poco rato, como entre sueños, oyó que Saturnina y su hijo hablaban.

—Es un secreto, mama, una cosa rara, ¿sabe? —decía el Chino, con su acento de compadrón, abriendo exageradamente las vocales y alargándolas. — Yo hago lo que quiero con ella, yo hago...

—A ver, explicame... No te entiendo ni medio, m'hijo.

Y el Chino explicó. Había descubierto que le bastaba mirar a Linda para que la muchacha se pusiera a obedecerle. Por más arisca que estuviese, era cosa de clavarle los ojos, de un modo que él sabía, para que se volviese mansita y siguiese en todo su voluntad.

—¡Pero eso será cosa'e brujería! — comentó irónicamente la mujer, que, en su condición de antigua adivina y echadora de cartas, no creía sino en lo natural y visible.

—Yo no sé...

—¿Y quién te ha enseñao esas habilidades? ¿Andás en tratos con mandinga? Avisá, che.

—Le digo en serio, mama, le digo... ¿Y...? No sé de ande me viene esto... Es cosa de mirarla, no más, de mirarla...



—¿No tendrás la verdadera piedra imán, che? —exclamó Saturnina, echándose a reír y acordándose de los tiempos en que ella la anunciaba, junto con "los poderosos talismanes del Jordán y todos los adelantos de las ciencias modernas".

Rosalinda oía estas palabras, pero, en el torpor de su inteligencia y en el sueño que empezaba a dominarla, apenas las entendía.

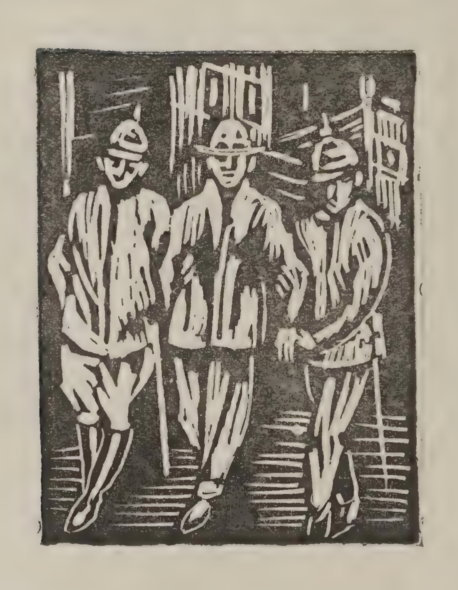
A la tarde se levantó. Quiso salir del cuarto, pero el Chino y Saturnina se lo impidieron.

En todo el día apenas se había acordado de Daniel. No podía pensar en su novio. Lo veía como una cosa lejana, muerta, perdida para siempre... Ella era ya de otro hombre... ¡Así lo había querido su destino! Nunca podría, pues, ser de Daniel Forti. Y esta idea de que pertenecía al malevo, no se la podía arrancar de su pensamiento. Execraba al Chino, y, sin embargo, los ojos del malevo la vencían. Mirarla el Chino, era como sentirse al borde de un pozo negro que la llamaba a hundirse en él.

Cuando anochecía, el Chino la violó de nuevo. Pero esta vez, ella apenas resistió. No tenía conciencia de ser libre ni de ser una persona; y se

entregó como si no fuese ella misma, como una cosa cualquiera, un objeto material cuyo dueño no era ella.

Esa noche la policía se presentó en el inquilinato y se llevó preso al Chino.





IV

—Pero, ¿por qué no querés verlo, Linda?

—No puedo, no me pidás eso...

—Es que él te quiere siempre. Sabe que no tuviste la culpa...

Todas las razones de Isaura parecían inútiles. Y mientras ella pretendía convencerla, Rosalinda, apoyada en el brazo de la compañera, recordaba. Habían pasado tres años, pero ella no se había olvidado enteramente. Desde el día trágico, su existencia parecía haberse ennegrecido. Veía el mundo, las gentes y las cosas como engendros de crimen y de pesadilla. Se había vuelto taciturna, tímida, desconfiada. Durante muchos meses, no había querido hablar con nadie. El Frigorífico le fue un suplicio. Pero luego, después de los dos primeros años, comenzó a olvidarse de aquellos días horribles.

A Daniel no había querido verle. La primera vez que fué al Frigorífico, tres días despues de la prisión del Chino, Forti la esperó como siempre en una esquina. Pero ella pasó de largo, sin contestar siquiera a la mano que se le tendía y a la voz cariñosa que la hablaba. El muchacho quedó estupefacto, sin comprender. Volvió al día siguiente y al otro, y Rosalinda le rechazó las dos veces. Imaginó que le habrían llevado algún chisme a su novia. No tardó en convencerse de que no había nada de eso; y entonces se alejó.

Pero Daniel no era hombre de olvidar a su novia, queriéndola como la quería, ni de quedarse sin la explicación del misterio. De cuando en cuando esperaba a Isaura y rogábale averiguar.

Isaura lo había intentado por mil medios, pero todo fué inútil, hasta una noche en que, oyendo a Saturnina injuriar a Rosalinda en su presencia, algunas palabras de la mujer le revelaron parte de la verdad. Entonces Rosalinda, para que su amiga no pensara mal de ella, le confió sus desgracias. La amiga se las refirió a Daniel, sabiendo que hacía una cosa buena; y ahora venía con la palabra del obrero, asegurándole que él nunca la había olvidado, jurándole que no la acusaba y pidiéndole en su nombre una entrevista.

—¿Qué le contesto? ¿Le digo que mañana a la tarde nos espere? Sí... no te negués... Lo vas a hacer dichoso al pobre Daniel...

—Bueno... si él quiere... — respondió Rosalinda, llena de lágrimas.

Cuando las dos muchachas llegaron a la plaza Matheu, Daniel no estaba todavía. Isaura lo excusó, asegurando que andaría por ahí, en busca de trabajo. Entretuviéronse las dos en mirar unos niños que jugaban con la arena. Eran sin duda hijos de pobres. Hallábanse allí solitos. No tenían criadas, ni siquiera madres que les cuida-

sen. Custodiábalos, paternal y cojeante, un inválido guardia municipal.

Era un atardecer de nubes y de sol. A cada momento oscurecía, y todas las cosas poníanse lúgubres repentinamente, como si arrugaran el ceño. Pero en seguida el sol, que ya iba cayendo, se libraba de la enorme nube que pasaba a su lado; y entonces las cosas ilumínábanse. Los árboles más bajos y escasos de ramas quedaban de pronto dorados y brillantes, y algunos parecían cubiertos de pequeñas llamitas. Pero la tristeza de aquella plaza de arrabal no desaparecía. Unos juegos para los niños —trapecios, paralelas, hamacas— estaban solitarios, dentro del cercado que los guardaba. El sol no hacía sino mostrar más sensiblemente el silencio, la desolación del lugar, así como la decente pobreza de las casitas de tablas que rodeaban la plaza. Pues aun aquellos niños que jugaban eran silenciosos y tristes.

Las dos amigas salieron de la alta verja de hierro que encerraba la plaza, y caminaron unidas de una mano. Desde aquella esquina veíase el esqueleto, negro y gigantesco, del trasbordador.

Llegó Daniel. Rosalinda parecía mirarle con temor. El muchacho apartaba de ella los ojos, intimidado también. Isaura les indicó un banco. Y allá fueron los dos, mientras ella miraba jugar a los chiquillos. Sin sonreír y sin malicia vió apar-

tarse de su lado a la pareja, como que sabía por instinto que el amor es entre los pobres una cosa grave y triste.

La entrevista fué emocionante para los dos. Pero no conversaron sino de vaguedades. No hubieran podido hablar de otra cosa, tampoco. Rosalinda no se atrevía ni a mirar a Daniel. Y además, incomodábale, en un banco vecino, la presencia de un turco vendedor de puntillas, que parecía sonreir sutil e insistentemente. Sin contar con que de rato en rato pasaba alguna muchacha con cuadernos —alguna de las maestritas del barrio— y miraba a Rosalinda. Ninguna hacíalo con curiosidad; pero ella enrojecía, pensando que pudiesen conocerle, en la cara, que había sido de otro hombre.

Los dos deseaban que volviese Isaura, para verse libres de aquella entrevista que ninguno atreviáse a terminar. Isaura no tardó en aparecer. Daniel, mientras cruzaban los tres la plaza, invitó a las muchachas a subir a unas calesitas que había enfrente. Aceptaron. Daniel y Rosalinda sentáronse juntos en un cochecito. Y al son del piano de manubrio, y con la ayuda del vaivén de las calesitas, fué disminuyendo la rigidez temerosa y retornando la familiaridad de los pasados años.

—¿Querés que nos veamos pronto?—dijo Daniel, tuteándola por primera vez en aquella tarde.

—Bueno—contestó ella, disimulando su contento.

—¿Mañana mismo?

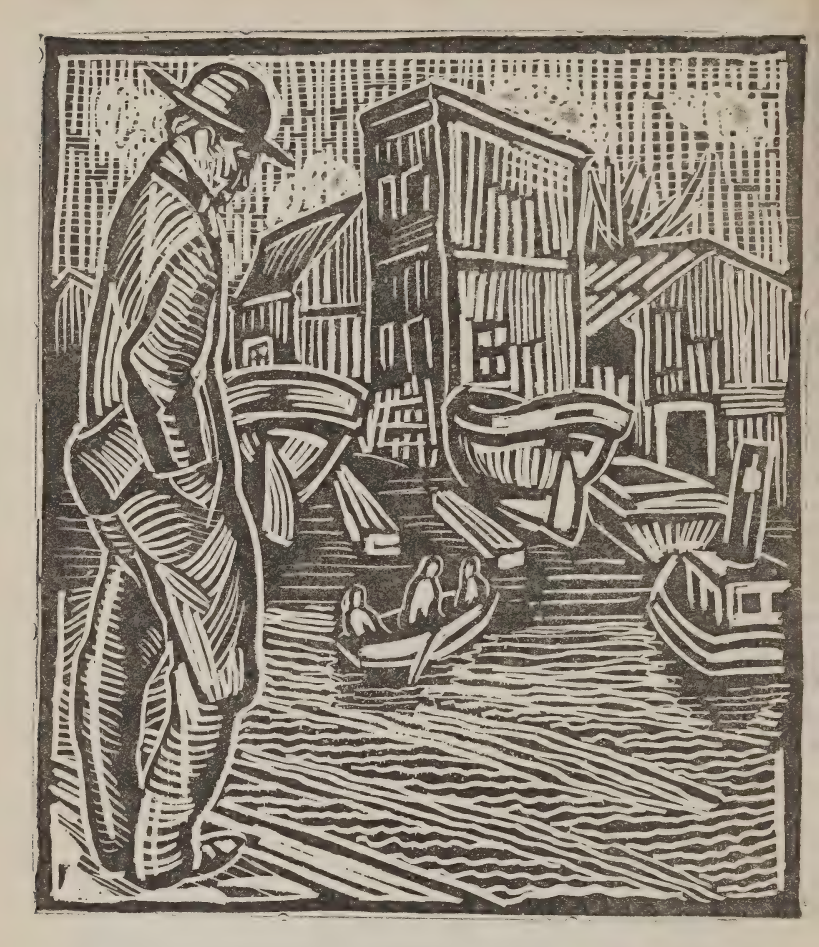
—Si a vos te parece, Daniel... — le tuteó ella. Como era demasiado tarde, separáronse. Y el mutuo amor que los dos sentían y que despertaba más intenso que antes, lo notaron al oprimirse la mano en la despedida.

Y a este encuentro siguió otro y otro después, y volvieron a verse todas las tardes, y a quererse como en el tiempo pasado, y a hacer proyectos de felicidad, como en aquel verano de días ardientes, cuando Rosalinda regresaba del Frigorífico, bella en sus quince años, con la cara enrojecida y la boca de púrpura, y la piel rosada, y aquella blusa bermeja y sobre la blusa aquel clavel encarnado, y en la blancura de su garganta aquella cinta que la marcaba como un ancho tajo sangriento.

Y retornaron los paseos por los muelles del Riachuelo, por las calles Patricios y Almirante Brown, en las que hormigueaba siempre un verdadero gentío. Deteníanse frente a las vidrieras, que eran maravillosas para la pobre obrerita; y la rara vez que Daniel disponía de unos centavos, entraban en algún cinematógrafo.

Pero Rosalinda no era ahora la de entonces. Su hondo drama y tres años de trabajo habían ajado un poco su juventud. Y todo eso, y el saber hasta dónde llegan las miserias de la vida y la maldad humana, le habían dado a su rostro una expresión dolorosa.

Daniel Forti había cambiado también. Sus veintitrés años, — era cuatro mayor que Linda, — le prestaban la apariencia de un hombre de veintiocho. Ya no era tampoco ingenuo ni optimista. Apasionado de su novia, la actitud incomprensible de Rosalinda le llenó de aflicción y de desconfianza. Vió una tragedia, pero no logró concretarla. Para olvidar, ya que Rosalinda se mostraba irreductible, se entregó a la lectura. Pasó largas horas devorando las ediciones baratas que le prestaban o que compraba. Se hizo un ferviente de Bakunin, de Kropotkin, de Tolstoi, de Malato y de otros escritores revolucionarios. Pronto la lectura le fué insuficiente para su objeto de olvidar y para las ideas libertarias que habían prendido en su espíritu, e ingresó en un centro gremial, dispuesto a la acción. Ahora era secretario de la sociedad y tenía cierto prestigio entre sus compañeros. Su rebeldía era pacífica y discreta, y sus ideales apenas se ostentaban en su chambergo de anchas alas y en su corbata suelta. No obstante, más de una vez se le negó trabajo



a causa de sus ideas. Ahora llevaba tres meses de paro, y, como tenía enferma a su madre y se había endeudado en paros anteriores, se encontraba en una situación insoportable. Además, eran

los años de la crisis, ¡los años trágicos de la desocupación!

Un domingo por la tarde, que habían salido a caminar, llegaron hasta la plaza Brown. Era una plaza pobre, con una gran extensión vacía, césped sólo en los lados y pocos árboles. Al través de unas ramas, aparecía borrosamente el trasbordador Sáenz Peña, esbelto y sencillo. Un silencio infinito llenaba sutilmente la plaza en aquella hora melancólica. Pasó una muchacha de verde. Pasaron unos obreros. Por una calle lateral cruzaron unos carros lentamente, con los caballos cansados. Después, no pasó nadie.

Sentados en un banco, aquellos novios tristes hablaron larga y confiadamente. Rosalinda, preguntada con insistencia por su novio, que la hallaba preocupada, se atrevió a referirle su desgracia. Ella sabía que Isaura le había contado todo a Daniel, pero jamás se animó a hablar de eso con él. Y lo deseaba, no sólo por sinceridad y por lealtad, pues juzgaba indispensable que él no ignorase nada, sino también por una apremiante necesidad de confesarle, a la vez que sus sufrimientos pasados, sus actuales inquietudes.

—Lo que no entiendo — dijo Daniel, después



que Rosalinda le narró los hechos, — es cómo pudo hacer con vos lo que quiso, si no era tu voluntad.

—¡Pero si tampoco yo sé! Es tan raro, tan raro... A veces pienso si no será cosa de brujería lo que sentí, o si me habrían hecho el daño.

Daniel Forti había tropezado más de una vez, en sus lecturas incoherentes, que comprendía a medias, con la sugestión y otros fenómenos psíquicos; y creyó que debía tratarse de estas cosas. Pero no le dijo nada a su novia, y, con la idea de consultar a un médico, le pidió más detalles.

—No sé... no sé... Daniel. Y apenas me acuerdo, además. Lo que puedo decirte es que cuando me miraba, sus ojos relucían, me entraban hasta dentro del alma... ¡Y qué miedo me daban! Es una cosa muy rara... Quedaba asonsada y como si me hubieran dado un golpe en la cabeza. Y también sentía como si la cabeza se me fuera, lejos del cuerpo, quien sabe adónde... En ocasiones, me parecía que pensaba cosas que no quería pensar, y hasta creía que eran los pensamientos de él, que los hacía pasar a mi cabeza... Yo no sé... A veces se me ocurre que estuve enferma...

Permanecieron silenciosos un largo rato. Rosalinda lloraba y Daniel la atrajo hacia sí y la besó en la frente.

—Y decíme, Daniel... A pesar de todo lo que sabés, ¿me vas a querer siempre?

—Ahora te quiero más que nunca...

—¿No dejarás de apreciarme?...

—Vos no has tenido la culpa de nada... no sós responsable...

Daniel le alzó la cabeza y sus bocas se unieron por vez primera en un largo beso estremecido.

—Y entonces... lo que me dijiste el otro día... ¿cuándo va a ser? — preguntó Rosalinda, con timidez.

Comprendía lo impropio que era para ella el hablarle del casamiento a su novio. Pero lo hacía por temor del Chino, pensando que pudiera aparecerse cualquier día el malevo, en quien ella veía un ser sobrenatural.

—¿Casarnos? — exclamó Daniel con cierto asombro. — En cuanto halle trabajo. ¡Estoy tan pobre... con mi vieja enferma... lleno de deudas!

Se despidieron. Linda quedó contenta, pero aquella dificultad para casarse la inquietaba. Porque ella ansiaba irse del inquilinato. Su padre, lo único que la retuviera hasta entonces, no era ya una persona; vivía entre el delirio y la idiotez, de tal modo que en las últimas fiestas patrias — fechas en que el pobre viejo, al verse con su traje de guerrero del Paraguay, que sólo vestía en aquellas ocasiones, se rejuvenecía y se sentía un héroe glorioso, aclamado y aplaudido por las gentes — no había podido, definitivamente inmovilizado en su lecho, asistir a las procesiones cívicas. Además, los ultrajes de la madrastra se le habían hecho intolerables a Rosa-

linda. Varias veces, en funciones de un oficio que ejerciera toda su vida, aunque con intermitencias, la mujerona le hizo proposiciones para que aceptase una cita con un señor de su amistad. Y como Rosalinda no le contestase o se negara indignadamente, la llenó de insultos. A gritos, para que todo el inquilinato se enterase, la llamaba *arrastrada* y *ladiada*, haciendo creer que Rosalinda era la amante de Forti — la *mina*, decía la mujer—, y que Daniel vivía de las prostituciones de la muchacha.

Pero nada afligía tanto a Rosalinda como aquel temor de que volviese el Chino. Sabía que fué condenado a tres años y algunos meses de prisión, por tentativa de robo y violación de domicilio. Los tres años ya se habían cumplido. ¡No debía estar lejano su regreso!

Desde hacía unas semanas esta preocupación la tenía enferma. Muchas noches no pegaba los ojos imaginando la llegada del sujeto. Le veía entrar, mirarla de aquel modo que la aterrorizaba y la vencía, hacerla suya otra vez y llevársela a vivir con él. Era una obsesión horrible e implacable.

Una tarde de Noviembre, después del Frigorífico, encontráronse en la Vuelta de Rocha, donde se habían citado. La hora era clara y armoniosa. El habitual bosque de mástiles de aquel recodo del Riachuelo, parecía más fantástico que nunca. Al comienzo de la Vuelta, el largo y alto casco de un barco, todo rojo, brillando al sol descendente, pintaba el agua con estremecimientos bermejos.

—¡Gran noticia, Linda! — exclamó Daniel. Entré en una obra importante, cerca'e Contitución...

Y mientras caminaban, Daniel daba detalles. Ella quería que conversaran con más calma y soledad de una noticia tan linda, y le dirigió por la calle Garibaldi para llegar pronto, cortando camino, a la plaza Brown. Pero la calle Garibaldi es como el corazón de la Boca, de la vieja Boca de casitas de zinc y tablas y de hablar genovés. Un mundo de chicuelos, allí y en las vecindades, distraía a los dos novios. Pasó por las vías tendidas en aquella calle un ferrocarril echando humo.

En la plaza, Linda dijo:

—¿Y ahora, Daniel?

—Hay que esperar todavía... ¡Tantas deudas! Rosalinda se estremeció.

—Pero no te aflijás. ¿Tenés miedo de algo?

—Ya sabés...

—¿De qué? ¿De que vuelva?

Y sin notar el abatimiento profundo y repentino en que sus palabras sumían a su novia, Daniel dijo:

—Pero me imagino que ahora... sabiendo... no permitirás que...

La muchacha se echó a llorar. Daniel comprendió que la había ofendido y le pidió perdón.

—Yo sé que vos no tenés la culpa... yo sé, Linda. ¿Acaso sos responsable? No tengás miedo... Ahora no te hará nada el Chino porque se encontrará conmigo... ¡Pero no llorés! Pronto nos casaremos... seremos muy felices...

Bajaron por Irala hasta el Riachuelo. Comenzaba a anochecer. Irala era allí una calle negra y desolada. Detrás de una pared, un amontonamiento de vigas, sobre las cuales caían, hacia la calle, pálidas y lánguidas ramas de árboles, cuyos troncos no se veían. El suelo negro por el polvo de carbón. Y negras las paredes todas, y negro el aire, y más negro que todo la tristeza de Rosalinda.

Al fondo de la calle, surgía, como cerrándola, el casco de color ébano de un gran barco. Como un raro contraste—una luz de esperanza sobre

tanta desolación y lobreguez—sus seis mástiles, abiertos en abanico, aparecían encendidos y rojizos a causa del sol que iba muriendo, esplendorosamente, allá por Puente Alsina...





V

Llegó el Carnaval. Para Rosalinda fueron días de tristeza porque la madre de Daniel se había enfermado gravemente. En el barrio hubo un corso, y por la calle pasaban mascaritas y com-

parsas. Las muchachas del inquilinato se divirtieron en los bailes de las sociedades recreativas, y hasta Saturnina, mamarrachescamente vestida de fantasía y la cara embadurnada de polvos ordinarios, salió a pasear con un sujeto que, según decían en la casa, era su amante.

Una tarde, Rosalinda fué llamada por Daniel al cuarto donde vivía con su madre, para que la conociese y la acompañase. La enferma quedó encantada de que su hijo tuviera una novia tan buena y tan bonita. A Rosalinda aquel cuarto, aquel hogar, la impresionaron. Todo allí era limpieza, orden, cariño, al contrario de su casa, donde a cada paso aparecían la suciedad, el vicio, el desorden, el odio. ¡Ah, qué feliz sería ella si pudiese dejar a Saturnina y entrar en aquel hogar tan simpático y tan decente! Pero ¿ocurriría eso alguna vez?

Una noche, la víspera de la octava, se presentaron en el inquilinato varias máscaras. Entre ellas había un gaucho que tocaba la guitarra y otro el acordeón. Toda la gente de la casa había salido al largo patio sobre el cual daban los cuartos. Había unas diez mujeres, entre solteras y casadas, e inmediatamente se armó un baile.

Linda miraba, desde la puerta de su cuarto. No quería bailar, estando de novia y tan llena de

tristeza. Pensaba en Daniel y en su madre enferma, aunque ahora había mejorado.

Mientras, de la guitarra y el bandoleón surgían las frases compadronas de un tango. Era una música sensual, canallesca, arrabalera, mezcla de insolencia y bajeza, de tiesura y voluptuosidad, de tristeza secular y alegría burda de prostíbulo, música que hablaba en lengua de argot y de prisiones, y que hacía pensar en escenas de mala vida, en ambientes de bajo fondo poblados por siluetas de crimen. La melodía era de líneas desiguales, tan pronto unida como cortada, recta como sinuosa. Se hacía rígida para quebrarse en seguida. A veces se precipitaba, para interrumpirse de súbito, o marcaba golpes rítmicos y duros para deslizarse al fin oscuramente.

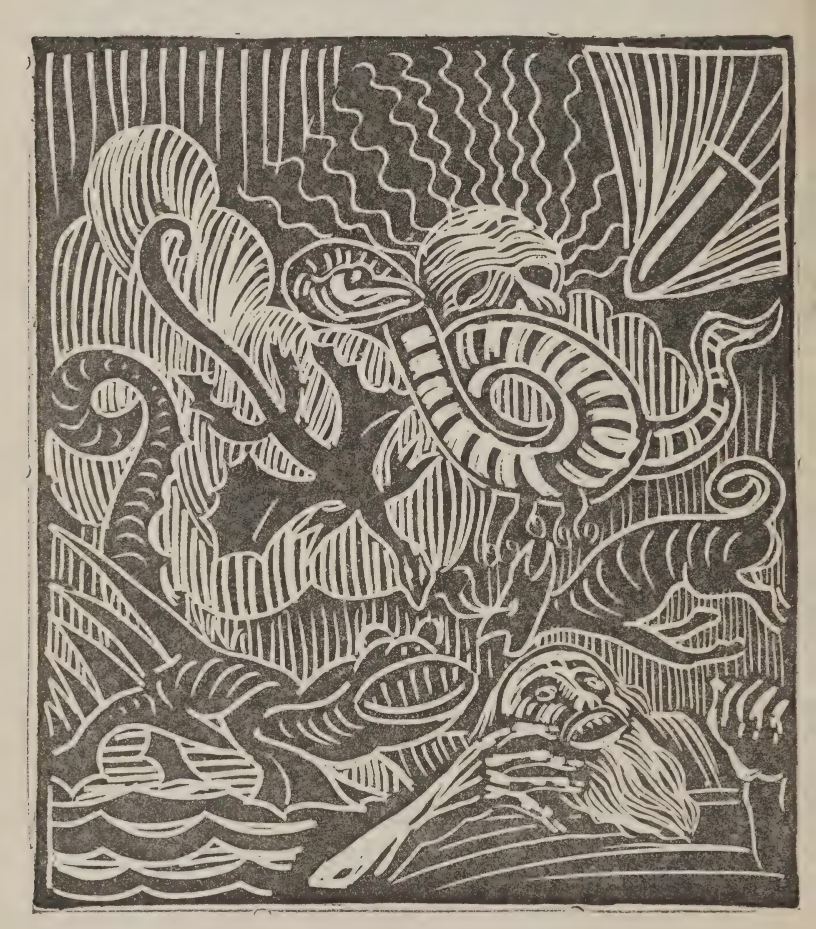
Y a su encanto adormecedor y turbador, a su sabor, que mareaba como un vino fuerte y espeso y que emborrachaba los sentidos, todo el patio bailaba. Las parejas se movían con lentitud pesada. Se bajaban, se alzaban, torcían a un lado y luego a otro, seguían tiesas caminando rectamente, y al fin se detenían para hamacarse hacia adelante y hacia atrás, en siluetas grotescas, cada hombre pegado a su compañera: ellas, graves y semibajados los párpados, y ellos con miradas torvas bajo sus chambergos de alas grandes cayéndoles sobre los ojos.



Linda sonreía mirando a algunas parejas, — a Saturnina que era abrazada por un conde lleno de plumas, y a la encargada del inquilinato, una genovesa redonda como una bola, que se zangoloteaba en los brazos de un moreira feroz, — cuando de pronto quedó petrificada: frente a ella había aparecido el Chino. Estaba más hombre y tenía una cicatriz en la barba. Linda sintió los ojos del malevo traspasándola, y repentinamente se desvanecieron los meses pasados, los bellos recuerdos, su amor. Se olvidó absolutamente de todo. Y ya no tuvo conciencia de nada, sino de que ese hombre la había hecho suya y la dominaba y de que ella no podía sino obedecerle. Envuelta por los brazos del Chino, se dejó llevar al medio del patio y bailó y bailó durante largo tiempo, mecánicamente, sin saber lo que hacía ni por qué lo hacía.

El malevo no se quedó a dormir. Habló un rato con Saturnina y se fué. Linda pasó despierta aquella noche, una noche de terror, de fiebre, de alucinaciones. A cada momento se sobresaltaba creyendo oír entrar al Chino o imaginándole que se arrojaba sobre ella. Para agravar su angus-

tia, el viejo tuvo un ataque violentísimo. Con gestos incoherentes y voz confusa y aguardentosa, Antenor habló de un perro negro que tenía dos carbones encendidos en los ojos, de lagartos



que volaban, de que le había herido una bala de cañón peleando en Curupaity, de una culebra que se le había enredado en el pescuezo y le ahogaba mientras un montón de culebritas salían de la barriga de la culebra grande. Después volvía el perro negro, se comía a los lagartos y se subía al catre.

—¡Afuera, mátenlo! — gritaba el infeliz, sacudiendo las cobijas, defendiéndose, mirando hacia la puerta con ojos de horror, torciendo la boca y con una crispación en los dedos. — ¡Mátenlo, pues! ¡Miren que es el mandinga! ¡Mátenlo, no sean ansina!

Apenas amaneció, Linda fué a casa de Daniel Forti. La madre de su novio estaba gravísima, casi moribunda. Al sentirse en la calle, Linda había recobrado un poco el ánimo. Le refirió todo a Daniel. Pero Daniel temía que el Chino la hubiese poseído aquella noche y que ella no quisiera decírselo, y ésto le desalentaba y le infundía una invencible desconfianza.

Linda no quería volver a su casa y pasó todo el día junto a la madre de Daniel. Pero allí no

podía quedarse. Daniel le dió mil razones. Le rogó que esperase dos o tres días, ya que su madre no tardaría en morirse.

—¿Y si vuelve ese hombre?

—No ha de volver. Si anoche no se quedó es porque estará preparando algún buen golpe.

Linda, entonces, se resolvió a refugiarse en cualquier parte. Alquilaría un cuarto donde pudiese y viviría sola hasta que Daniel quisiera casarse. Y fué a su casa, pero al único objeto de dar a su padre un beso de despedida y de llevarse alguna ropa.

Antes de entrar en el inquilinato, pidió a un chicuelo que fuese a ver si estaba el Chino. Ella se quedó en la calle, esperándole. El chico volvió asegurando que el malevo no estaba. Rosalinda entró y besó a su padre, que le tomó una mano y la hizo quedar unos minutos. Presintiendo la huída de su hija en aquellos besos, Antenor le dijo llorando:

—No me dejés solito... Esperá que esta campaña se acabe. Ya me estoy rindiendo... casi no tengo cartuchos... ¡velay!

Pero Rosalinda no quería quedarse ni un momento más. Con sorpresa, encontró preparado un atadito de ropa suya; e iba a salir, cuando topó con el malevo.

—¿Pa ande vas? Vengo a llevarte.

Rosalinda sintió que, desde el fondo de su alma, subíale hasta los labios una voz imperativa, y, en un momento de coraje, que debía extinguirse casi instantáneamente, exclamó con firmeza para ella desconocida:

—¡No!

—¿Qué decís?

El Chino la agarró de una muñeca con su mano izquierda, mientras con la derecha le atenaceaba la garganta.

—Dejame, dejame... — repetía Rosalinda, casi ahogada.

—Tomá...

Un bofetón formidable la hizo tambalear. Entontecida por el golpe se llevaba las manos al rostro, cuando se sintió empujada violentamente. Cayó al suelo. El malevo se puso a patearla con brutalidad feroz, pegándole con el taco en las caderas y en el vientre. El viejo, sentado en el lecho, manoteando y con ojos enormes, pedía socorro. El Chino se abalanzó sobre el enfermo, pero Saturnina, que mateaba cachazudamente y presenciaba con indiferencia las hazañas de su hijo, creyendo que el malevo iba a matar al viejo, le gritó:

—Dejalo, m'hijo... Andate de aquí. Llevátela a tu mujer...

El Chino escupió en la cara al enfermo, que había caído en un nuevo sopor, y dirigióse a Rosalinda renegando. La muchacha se levantó con lentitud y pesadez. Tenía una expresión estúpida y parecía no darse cuenta de nada. El Chino la empujó hacia la puerta, diciéndole:

—Caminá, mi vida... Caminá...





VI

El malevo se la llevó a vivir a una casucha miserable, compuesta de dos cuartos, próxima al siniestro Barrio de las Ranas. No era aquello una casa, sino una pocilga maloliente, que se

inundaba con el agua de las lluvias y donde entraban y salían enormes ratas repugnantes.

Y empezaron para Rosalinda los desesperados días ignominiosos. Sufrió los golpes más brutales, la palabras más injuriosas, el desprecio, las burlas soeces, el hambre, todo lo abominable que una infeliz criatura puede sufrir en este mundo.

Pero todo ello no era lo peor en el martirio de Rosalinda. Peor que los golpes era la falta de libertad física y moral, el no tener a quien comunicar sus penas, el no saber nada de su padre, el sentirse una simple cosa, el no poder salir a la calle sola, vigilada día y noche por el Chino y por los malos hombres y mujeres que en la misma casa vivían. Peor era aún, para la conciencia honrada de Linda, el verse obligada a ser cómplice de aquellos delincuentes, oyéndoles sus conversaciones criminales, sus proyectos de robos. Y peor era todavía, mil veces peor que todo, el tener que someterse a las caricias del malevo, y soportar sus besos y entregarle su cuerpo, ¡aquel cuerpo antes joven y ardiente, pleno de deseos y de vida, que debió ser para el novio que la adoraba!

A los quince días de vivir con el Chino y las dos parejas delincuentes que le acompañaban, el malevo le exigió que se prostituyera. Rosalinda, habituada a las análogas solicitaciones de su madrastra, ni se asombró ni se indignó. Pero sí tuvo fuerzas para negarse. El Chino, entonces, alegando que ella debía traer dinero a la casa, pues él no la sacó del inquilinato "para vivir de niña, sino para que *trabajase*", la abofeteó brutalmente.

La escena se repitió al día siguiente y al otro y todos los días, durante dos meses. La muchacha comprendió que el bárbaro no se aplacaría mientras ella no le diese dinero. La había robado de su casa, no por amor ni por deseo, sino para hacer producir aquella *mina,* del mismo modo que sus dos compañeros, dos *bacanes,* como ellos decían, en su jerga de prisión y de delito, vivían también de sus mujeres: dos chinas inmundas, feas y sumisas, que no osaban desobedecer a sus dueños y que les entregaban sin protesta, como cosa aceptada y natural, hasta el último centavo de las precarias cantidades que les daban los hombres por sus cuerpos mugrientos. Y entonces Rosalinda, que no tenía fuerzas para huir, y cuyos sufrimientos imploraban un poco de descanso, propuso al Chino su reingreso en el Frigorífico.

—Te traeré plata, Chino, todos los sábados. Para vos no más. Yo nò quiero nada.

El malevo aceptó, aunque desconfiando. Temía que Rosalinda contase a las demás obreras o a algún empleado la vida perra que él le hacía pasar, y que la policía interviniese. Pero la seguridad que las chinas de sus compañeros le dieron, la pregustada realidad del sueldo y la esperanza de conseguir dinero —o *vento,* en su jerga—, de algún alto empleado mediante los encantos de Rosalinda — de *shacar* al empleado, decía él —, le decidieron a consentir, no sin antes amenazar a la muchacha con la muerte si le traicionaba.

Volvió, pues, Rosalinda al Frigorífico. El alto empleado que la hiciera entrar la otra vez no la había olvidado y fácilmente obtuvo su reingreso. Cierto que Rosalinda se presentó muy mal vestida y que ya no tenía la belleza palpitante y sabrosa de hacía tres meses; pero conservaba su aire voluptuoso, la ondulación amplia de sus caderas, su mirar empapado de deseos, sus labios rojos y carnales. Y él confiaba en que ahora, sumisa y doliente, sería menos arisca. El disponía de otras, de la mayoría de las obreras. No

importaba. Aparte del placer de variar, Linda era una de las más bonitas muchachas del Frigorífico.

El Chino la acompañaba a la ida y al regreso.

Para ella el trabajo fué una liberación. Antes



de llegar, cada mañana, y desde que sus ojos divisaban la enorme mole blanca del Frigorífico, atenuábase su angustia interior y el espanto perpetuo de tener al Chino a su lado. Pero el malevo, al cabo de una semana, advirtió la transformación del rostro de Rosalinda, y se lo dijo:

—Te ponés contenta'e pensar que no vas'estar conmigo, te ponés...

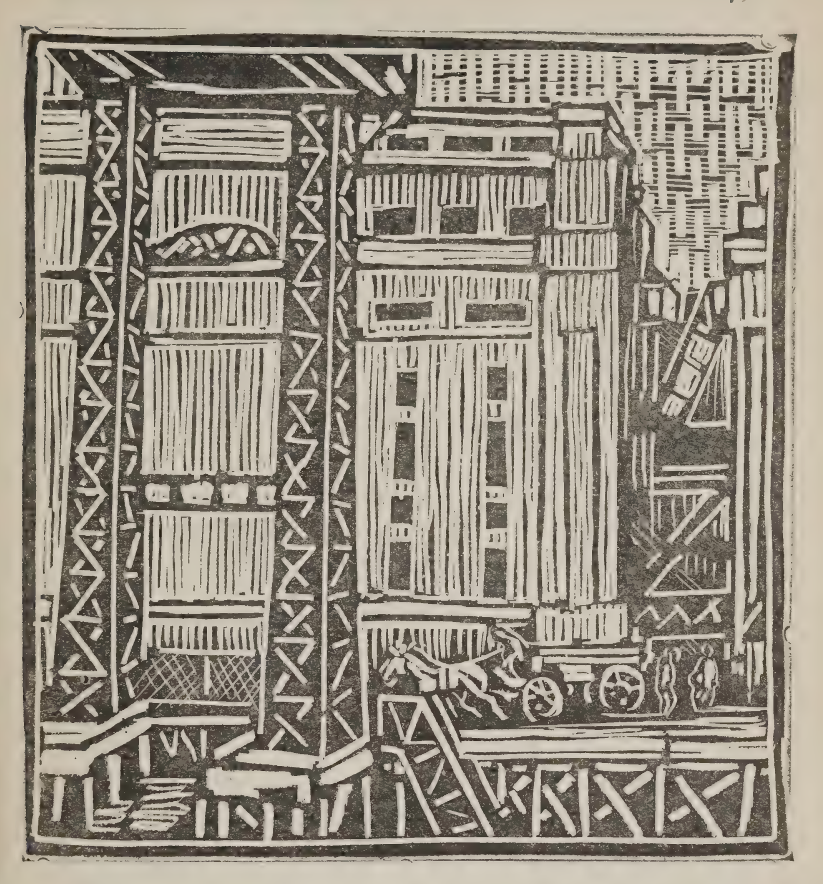
—¿Qué he dicho yo?

—Ya sé que no abriste la boca, ya sé. Pero he mangiao todo. Vos quisieras que yo te dejara, pero no te'e largar. ¿Y sabés por qué? Porque sos una rantifusa... y porque te quiero en l'alma, te quiero...

Y echó a reír siniestramente, mirando a Linda con sus ojos torcidos.

Aquella risa le dañó tanto a la obrera como los besos o las brutalidades del malevo.

La muchacha tuvo que ocultar en adelante aquella satisfacción de ver surgir el edificio donde una atmósfera de asfixia, el humo de los cocimientos, el olor fuerte de la carne, y una atroz jornada de diez horas, maltrataban su juventud.



Pero ella se desquitaba de su forzoso disimulo, y su interna satisfacción se resolvía en claro contento apenas la entrada del Frigorífico — una angosta y negra cueva, entre dos paredones inmaculados, y altos como casas de seis pisos — devoraba su figurilla y el Chino quedaba allá

fuera, mirándola entrar, siempre receloso y torvo.

A veces, cuando el Chino debía ocultarse de la policía, la acompañaban las mujeres de sus compañeros. Por orden de los bacanes vigilábanla con tanto celo como el propio Chino: la *campaniaban,* decían en su jerga las infelices. El temor a aquellos hombres que las tenían dominadas y la envidia hacia Linda, que era hermosa y cuyo gusto por la limpieza y el arreglo de su persona constituía un reproche a la mugre de ellas, podía más que la solidaridad de sexo y de esclavitud que debieron sentir las dos mujeres hacia la víctima del Chino.

Al reingresar en el Frigorífico, Linda tuvo la pena de no ver a Isaura. Otras muchachas dijéronle que se fuera hacía un mes. Salió de allí para casarse. Ignoraban dónde vivía ahora. Linda no pudo, pues, saber nada de su padre.

Durante su jornada de trabajo, Linda deteníase a veces para pensar en su liberación completa. En dos ocasiones, antes de ingresar en el Frigorífico, había intentado huir, pero, descu-

bierta a tiempo, palizas formidables la dejaron sin ánimo de recomenzar. En los últimos días aparentó una absoluta sumisión. Hasta fingió cierto cariño por el malevo. Pretendía así infundirle confianza y poder alguna vez realizar sus planes.

El ingreso en el Frigorífico fué su gran esperanza. Ahora confiaba en que llegaría la hora de su libertad. Y mientras tanto, lo soportaba todo con más resignación que al principio. Soportaba su esclavitud, los golpes brutales, el ser poseída por aquel hombre y hasta el no tener noticias de su padre. ¿Viviría el pobre Tata? Habíaselo preguntado al Chino mil veces, pero el malevo contestábale con mal modo. Ella deseaba sobre todas las cosas ver al viejo. El Chino, desconfiado, no se lo permitió. Pero una noche, el malevo, al llegar, le dijo que Antenor había muerto.

—Cantó pal carnero — exclamó con una risa amarilla el Chino.

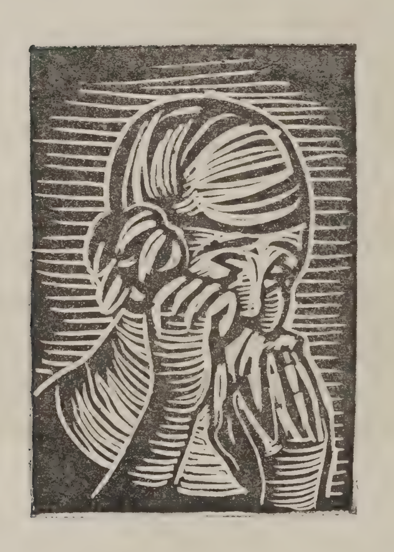
Rosalinda dió un grito y cayó al suelo llorando.

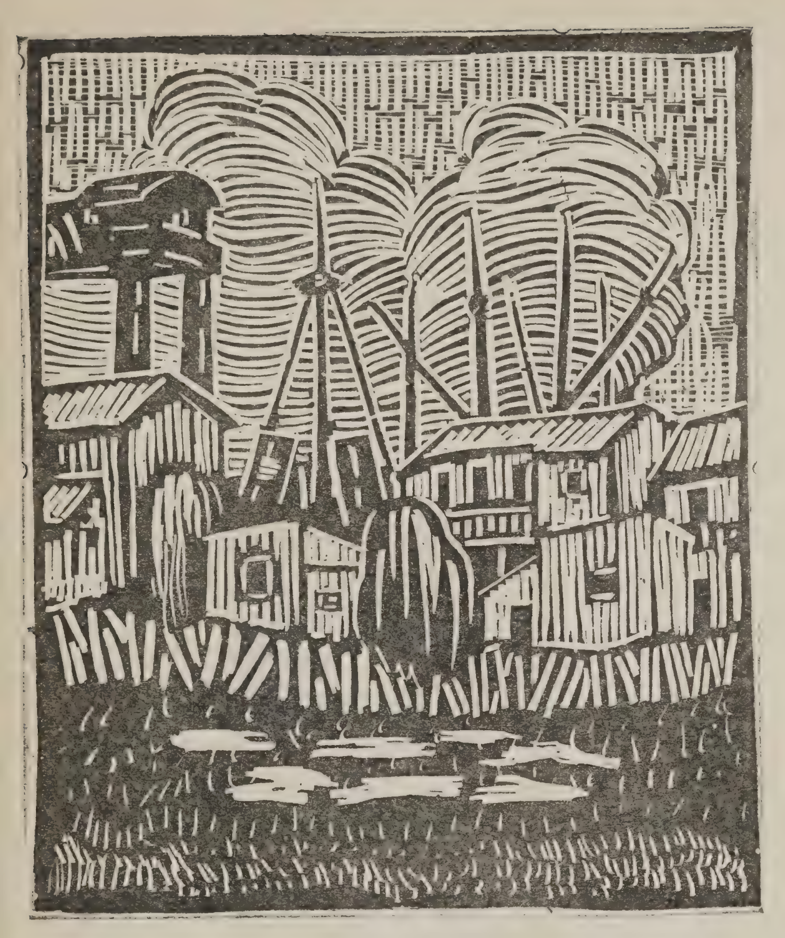
—¿Y pa qué llorás ansina, a ver? — amenazó el malevo, como si aquel llanto fuese un insulto para él.

—¡Lo quería tanto, a Tatita! Era bueno conmigo, el pobre Tatita... ¡Mi Tatita...!

El Chino la miraba con ojos salvajes. Y de pronto, sin que Rosalinda supiese el motivo, se arrojó sobre ella, le arrancó las manos de la cara y la abofeteó, ensangrentándole la boca y diciéndole:

—Tomá pa tu Tatita, tomá...





VII

Y llegó la tarde en que Rosalinda cobrara su primer sueldo.

Hacía una semana que el malevo la llevara a vivir al cuartucho de la isla Maciel. Si era in-

creíblemente miserable este barrio, peor era aún el otro; y haber dejado la pocilga donde viviera unos meses, significaba una dicha para Rosalinda. Pero aquí la obsesionaban la gigantesca máquina del trasbordador y los desnudos mástiles de los barcos, que, al surgir detrás de las casuchas de tablas y de zinc, parecían enormes fusiles cuyas bayonetas amenazaran al cielo.

El Chino debió abandonar la pocilga y la compañía de los dos malevos y sus mujeres porque la autoridad le buscaba. Con otros delincuentes, el Chino había penetrado a medianoche en la casa de una anciana y, después de asesinarla, habíanle robado el dinero. Rosalinda ignoraba todo esto, pero la ausencia del Chino durante dos días, y las conversaciones que oyera a las mujeres, le hicieron sospechar que el malevo había realizado algún gran crimen.

Al volver del Frigorífico aquella tarde y encontrarse sin un centavo del dinero que ganara, Rosalinda comprendió que no bastaría nunca el producto de su trabajo para calmar la avaricia y la ferocidad del Chino. Ninguna esperanza de liberación, ya que ella carecía de fuerzas para retener un centavo de su ganancia, y que nada podía hacerse sin dinero. ¿Por qué era ella tan desgraciada, Señor, y por qué la Virgen no la

protegía siendo así que le rezaba todas las noches? ¿No le prometían el auxilio de la Virgen, aquellas señoras que le enseñaron a rezar cuando era chica?

Ahora, en la covacha de la isla Maciel, Rosalinda, lejos de aquellas mujeres que la vigilaban, creía llegado el momento de su liberación. Pero el Chino jamás dejó de acompañarla, y cada noche, cuando salía, encerrábala con llave.

A los dos meses de estar Linda en el Frigorífico, el Chino volvió a exigirle que se vendiera. Ordenábaselo todas las noches, y aun durante el camino desde la casa al Frigorífico. Rosalinda no contestaba o decía que no. Si estaban en la casa caían sobre la muchacha golpes de una increíble ferocidad.

Una tarde, el malevo renovó su exigencia, amenazando de muerte a Rosalinda.

—Y bueno, matame. ¡Pa lo que vale vivir así! Ya no tengo a Tatita.

El malevo rompió la única silla del cuarto sobre la espalda de Rosalinda. Después le agarró con sus dos manos la cabeza y machacó sobre la

pared con ella. Rosalinda quedó sin sentido, con la nariz y la boca en sangre.

Dos días más tarde, aquel alto empleado que le hiciera dar trabajo la llamó a su oficina con el pretexto de amonestarla por sus distracciones y haraganerías. Era un hombre alto y rubio, buen mozo, de bigote cortado a la inglesa, de ojos francos, de maneras amables. Hablaba poco y con frases muy cortadas, inconclusas a veces. Tomaba sin cesar pastillitas de menta, y miraba mucho al techo. Llamábase Fermín Harrington.

—Pero usted... Vamos a ver. A usted le sucede algo. No sé qué, pero algo. Se distrae. La veo triste. ¿Por qué triste? ¿Hay amores? ¿No? Será entonces que no es feliz... Lástima. No me gusta ver muchachas desgraciadas. ¿Qué puedo hacer por usted?

Harrington no tardó en tomarle una mano a Rosalinda. En ese momento ella le supuso un ángel de bondad. ¡Qué diferencia con el Chino! Acordóse de Daniel Forti, pero ¿no era mejor olvidarlo, ya que nunca lo vería? Dejóse acariciar por el empleado, que le ofrecía su amistad. El buscaba afectos, simpatías, un poco de olvido.

Rosalinda no pudo resistir cuando él quiso besarla. Bajó la cabeza, palpitante y dolorida, y aceptó los besos que le ofrecían. Convinieron en que al día siguiente se encontrarían al salir del trabajo, en una calle de la Boca. Era frente

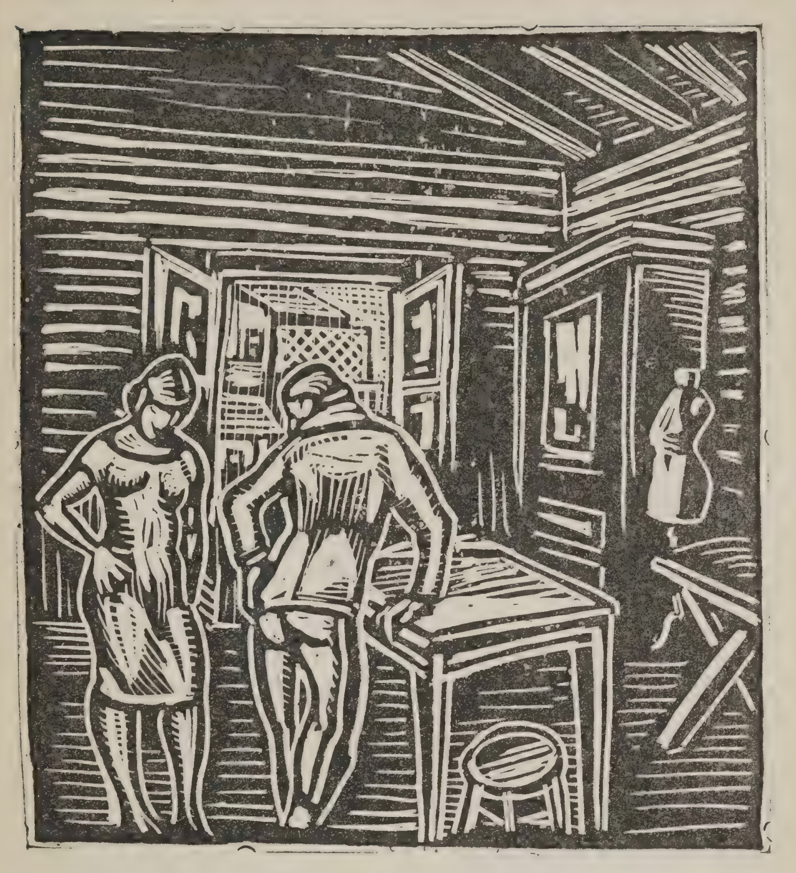


a unos de esos pintorescos kioskos de las bombas para absorber las aguas, y ante la imagen, obsesionante y gigantesca, del trasbordador.

A Linda le repugnaba contarle al malevo, pues temía por su reciente amigo. ¡Harrington le había parecido tan simpático y tan bondadoso! Pero ocultándose del Chino, ¿cómo iban a verse? Fué preciso, pues, decírselo todo. La tarde de la cita el malevo siguió a Rosalinda. Cuando ella y el empleado subieron a un tranvía él hizo lo mismo. Bajaron en una calle apartada y entraron en una casita de altos. El Chino esperó en la esquina.

Linda no quiso referirle al empleado su situación. Pero prometióle que otra vez le contaría sus tristezas. Harrington le dió veinte pesos para comprarse ropa. Ella quedóse con quince, rogándole que le guardara el resto. Al salir, Rosalinda, suponiendo que el Chino la esperaría, le buscó. Al verle en la esquina, corrió hacia él como contenta de poder entregarle dinero. El instinto de defensa íbale enseñando estas hipocresías.

—Mirá, Chino, lo que me dió; tomalo para vos — exclamó, fingiendo alegría.



El malevo guardó aquellos primeros pesos sin decir palabra. Y al llegar a la covacha — al *bulín*, como la denominaba en su argot — registró a Rosalinda, por si acaso le dieron más *vento* — dinero — y ella lo hubiera escondido.

Quedó satisfecho. Ahora ya tenía en aquella

muchacha su verdadera mina. Las palizas daban buen resultado. El sabía, ¿y no? tratar a las mujeres.

Rosalinda continuó viéndose con Harrington dos veces por semana. El empleado dábale dinero de cuando en cuando, y ella rogábale que le guardase una parte, negándose a explicar su pedido. Harrington era bondadoso con ella. En más de una ocasión, la muchacha intentó relatarle su vida. Pero pensó que el empleado, por temor al Chino, pudiera abandonarla; y dominó su anhelo de confidencia. Además, ¿no iba a vengarse?

Una tarde el malevo no la esperó al salir del Frigorífico. Linda supuso que la policía lo buscaba, o que tal vez aquella noche realizaría "el trabajo" que desde una semana atrás preparaba en sociedad con dos hábiles *schrustantes*. La muchacha sintió la tentación de huir. Pero no lo hizo, en la certeza de que el Chino la encontraría. La infeliz no tenía idea de lo que fuese Buenos Aires. Para ella, que sólo conocía Barracas y la Boca, el mundo era pequeño y no había dónde esconderse. Consideraba al Chino como a un

ser sobrenatural, de una inteligencia asombrosa, de un extraño poder de adivinación, y estaba cierta de que no existía un agujero adonde no llegara la omnipotencia del malevo. La solución no era huir. Era matar al Chino. Y ella lo mataría.

Aquella tarde no tenía cita con Harrington, pero le esperó a la salida del trasbordador. El empleado la acogió con despego. El hombre estaba cohibido y miraba hacia un lugar determinado. Sin duda creyó que Linda le esperaba para para que la llevase a la casita. Ella comprendió que Harrington tenía cita con otra, pero no se le importó mucho. Toda su vida, todos sus pensamientos, todos sus sentimientos dependían ahora de un detalle ajeno a Harrington. Ella sólo le buscaba para pedirle aquel dinero que le diera a guardar. El empleado, complacido de que se solucionase así la entrevista, entrególe rápidamente el dinero y se alejó tartamudeando una excusa. Linda tomó el dinero con avidez. Hubiérase dicho un avaro. Aquel dinero era suyo, enteramente suyo. Aquel dinero representaba su libertad. Aquel dinero le daría su venganza. Lo apretó dentro de su mano, y, emocionada, feliz, estremecida, corrió a comprar un revólver.

Se dirigió a la Boca, temiendo que en Barracas



la viese algún conocido. Caminó un rato en busca de una armería. A cada paso volvía la cabeza, temiendo la aparición del Chino. Imaginaba que el malevo surgía al doblar una calle, que adivinaba la existencia de su dinero, que se lo exigía y

que ella defendíalo con uñas y dientes, como una tigra.

Mientras tanto, iba anocheciendo. Pero en las calles principales de la Boca no disminuía el pasar incesante de la gente.

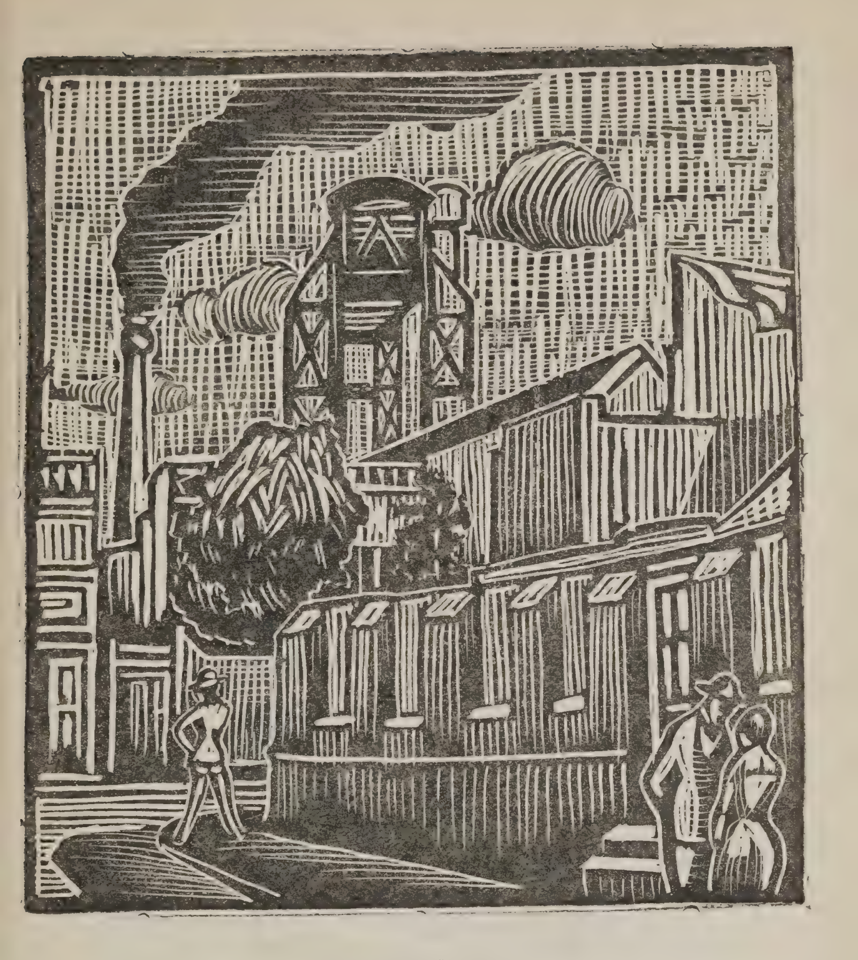
Por fin, una armería apareció. Linda pegóse a la vidriera, extasiada ante los revólveres, tan brillantes, tan bonitos, tan tentadores. Eligió uno, después otro. Todos le gustaban. Pero no se animaba a entrar. ¡Pasaba tanta gente y todos la observaban! Miró adentro de la armería. Ningún comprador. Dióse cuenta de que estaba temblando; pero pensó en la iniquidad de su vida, y avanzó. Las piernas, como si los músculos y los nervios tironeasen hacia el suelo, apenas adelantaban. Pero al trasponer el umbral de la armería vió que el empleado la miraba y, pensando que el hombre pudiera no querer venderle el revólver al notarla tan emocionada, amontonó sus fuerzas en las piernas y llegó hasta él.

—Me han encargado... — dijo, con la vista dispersa—un revólver... Uno bueno... es para mi Tata...

Una hora después llegaba al cuartucho con el revólver bien envuelto y escondido. Cerró la puerta con llave. Lo desempaquetó, lo acarició, lo apretó contra su pecho. Y así un largo rato, llorando a veces, riendo otras, pensando en su

liberación siempre. Luego abrió la puerta y bajó los tres tramos de la escalerilla de tablas. Era noche cerrada. Sólo en uno de los otros tres cuartos había luz. Y allí en el suelo de tierra blanda, pues de cuando en cuando llegaban las inundaciones, cavó un hoyo y enterró su tesoro, en espera del momento, terrible y ansiado, que alguna vez habría de llegar.





VIII

Una tarde que Rosalinda y Harrington se dirigían a la casita, el empleado notó que un individuo les seguía. Para despistarlo, Harrington pretextó que necesitaba cambiar dinero, y llevó

en coche a Rosalinda, él, tan temeroso de ser visto en compañía de mujeres, hasta una casa de cambio, situada en la Vuelta de Rocha. Luego, en su casita, se asomó a la calle y advirtió al sujeto en la esquina. Y después, cuando la muchacha se fué, la vió. desde una ventana, que se reunía con aquel hombre y se alejaban juntos. Todo esto le disgustó profundamente y así se lo dijo a su querida la primera vez que se encontraron.

Hablaban en la calle, en un lugar solitario. El Chino espiaba desde lejos.

—Yo no lo quiero nada—juraba Rosalinda.—Lo aborrezco. Es un perverso. Me pega, me quita la plata...

—No, si no es porque vos lo quieras... Es que no me gusta tener nada en común con un malevo, con un foragido de esos...

Y miraba hacia todos lados, temiendo ser visto con la muchacha, y chupando incesantemente sus pastillas de menta.

—No le va a hacer nada — insistía Rosalinda. — Si él lo sabe todo. El mismo quería obligarme a que buscara a los hombres...

—¿Ah, ah? Pues peor, hijita. Es un explotador de mujeres, entonces. Un criminal. Tal vez sea un L. C. Cualquier día puedo verme mezclado en un incidente desagradable. No, hijita. Lo siento mucho, pero... Esto se acabó.

Entonces Rosalinda, en pocas palabras, le contó al empleado toda su vida. Creía enternecerlo. Díjole que las horas en el Frigorífico y los momentos que pasaba con él en la casita eran los únicos consuelos de su existencia. Y en un momento de emoción, en la certeza de que aquel hombre podía salvarla, le rogó llorosamente que la llevara con él, que la escondiese del Chino.

—Seré su sirvienta, señor, si no me quiere. Pero ¡sálveme! Hágalo por su madre, señor...

Harrington miró con profunda lástima a aquella pobre y desolada criatura. Pero ¿qué hacer? Quitársela al malevo era exponerse. ¿Dar parte a la policía? ¿Y si los compañeros del malevo se vengaban después? Lo mejor era no meterse en nada. El no quería cuestiones. Su única ambición era vivir bien, tranquilamente, gozando los encantos de las chicas más lindas del Frigorífico. ¿Que la pobre muchacha aquella era víctima de un monstruo? ¡Psh! ¡Había en el mundo tantas víctimas de ese género! Y además, ¿sería todo verdad? ¡Quién sabe si la muchacha y el malevo no procedían de acuerdo! No, aquello había concluído, decididamente.

—Lo siento en el alma, porque te había tomado cariño, pero ¡qué querés! tengo miedo...

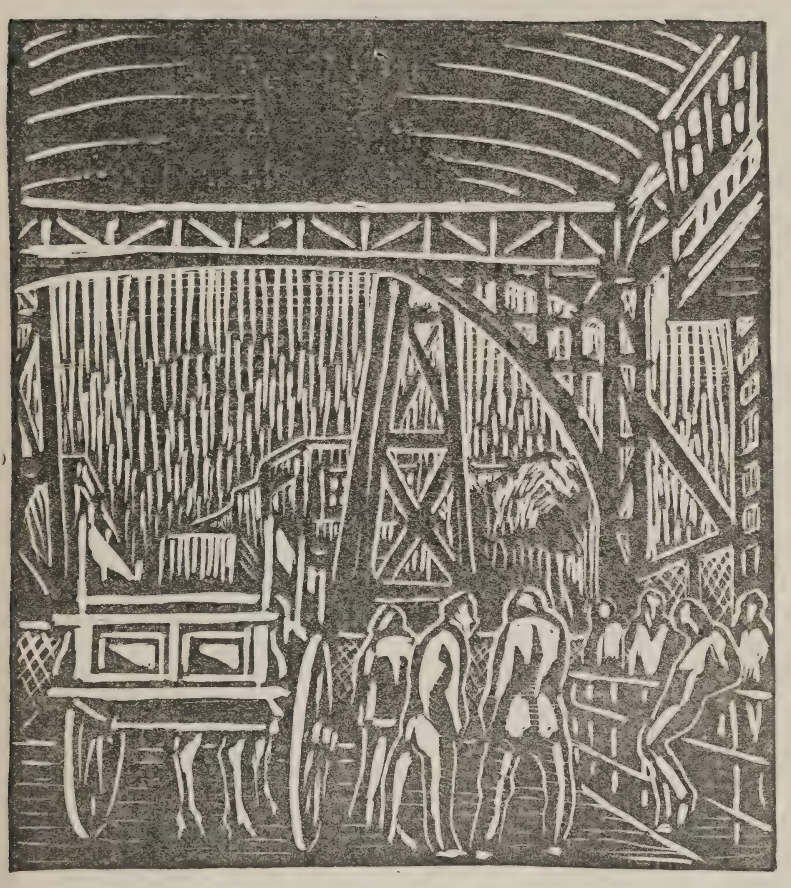
—Está bien — terminó Rosalinda, triste de aquel egoísmo, y se alejó lentamente, mientras el empleado experimentaba la sensación de quien ha escapado de un peligro grave.

El Chino la esperaba con ansiedad, intrigado por aquella entrevista callejera. Rosalinda le dijo que la habían "largado". Y por culpa de él, que la seguía. El Chino comprendió que la muchacha había contado todo.

—Ya fuiste a chamuyarle de mí, ya fuiste...

La voz ronca del malevo anunciaba lo tremendo de su enojo. Apenas podía hablar, de rabia. Ahora el empleado daría parte a la policía. Pero si lo agarraban preso, si lo *encanaban,* dijo él, se lo pagaría bien, Rosalinda. Los compañeros de él se vengarían.

Iban costeando el Riachuelo, cerca del muelle. El Chino calló. Púsose más sombrío. Caminaba delante de la muchacha, cuyo terror hacíala detenerse. De cuando en cuando, para ver si no *espiantaba,* si no huía de sus garras temibles, el malevo volvía la cabeza y espiaba el paso de la muchacha con una mirada torcida, fría, más es-

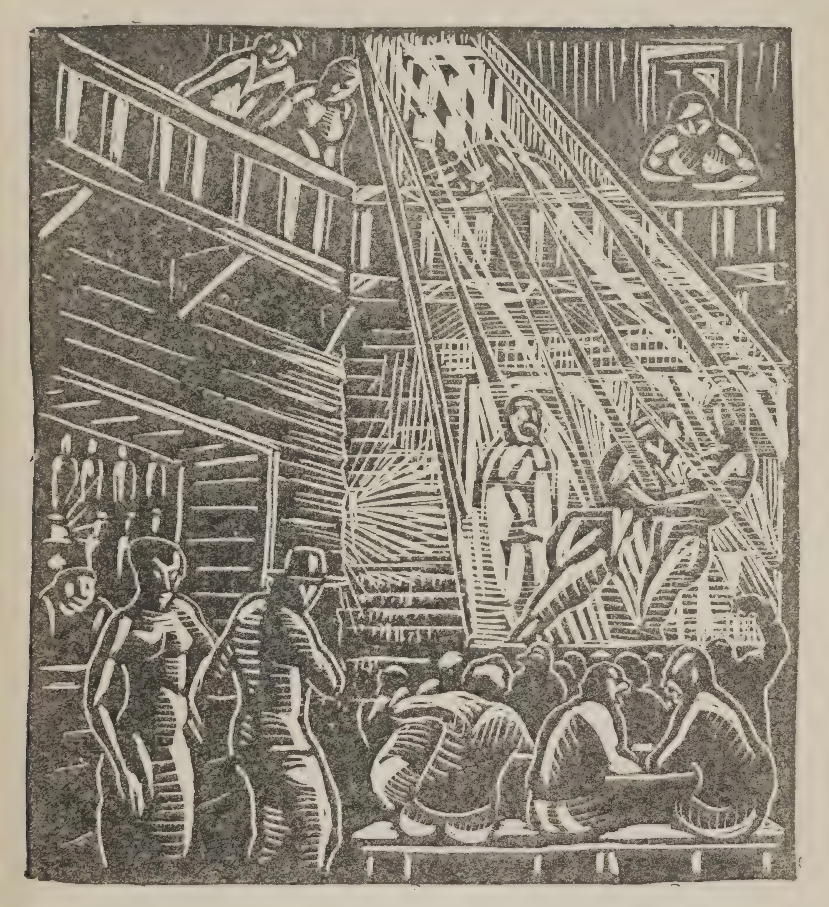


pantosa para ella que los enojos y los insultos. Así, en silencio, mientras el sol caía por el lado opuesto al Río de la Plata, manchando colosalmente de sangre aquel extremo del Riachuelo, llegaron al trasbordador que conduce a la isla.

Rosalinda había adivinado que el malevo tramaba algo siniestro. Y no tuvo duda ninguna cuando, al enfrentar la casa, se le interpuso y agarrándola de una muñeca la obligó a seguir. ¿Adónde la llevaba? Rosalinda no tardó en comprenderlo. A pocos pasos, el fanal sangriento de *El Farol rojo* derramaba su luz trágica sobre la calle y las vecinas casas. Rosalinda estaba habituada a la sangre por su trabajo en el Frigorífico, y sin embargo aquella luz purpúrea le hacía pensar en crímenes y en pesadillas siniestras.

Entraron en aquel lugar, que Rosalinda no conocía. Era una mezcla de bar, de salón cinematográfico y de lupanar. Un largo patio de tierra, un techo de zinc, y cuartos cuadrando el patio. El Chino arrinconó a Rosalinda, que quedó sentada junto a una mesita, y llena de angustia y de horror. En la pared del fondo iba pasando un film de "género libre", una serie de las mayores obscenidades que sea posible concebir. Allí veíase en toda su tristeza la miseria humana. Todos los vicios, y el peor de todo que consiste en negociar sobre los instintos bestiales.

Linda, avergonzada, no quería mirar. Había poca gente. Algunas mujeres, chinas zaparrastrosas, malolientes, desgreñadas, con el rostro pavimentado de polvos ordinarios, besuqueaban



a los hombres. En una mesa, cuatro marineros ingleses, borrachos, miraban extáticos la cinta y se despatarraban en carcajadas grotescas.

Cuando el film terminó, los ingleses aplaudieron frenéticos y gritaron como locos, pidiendo la

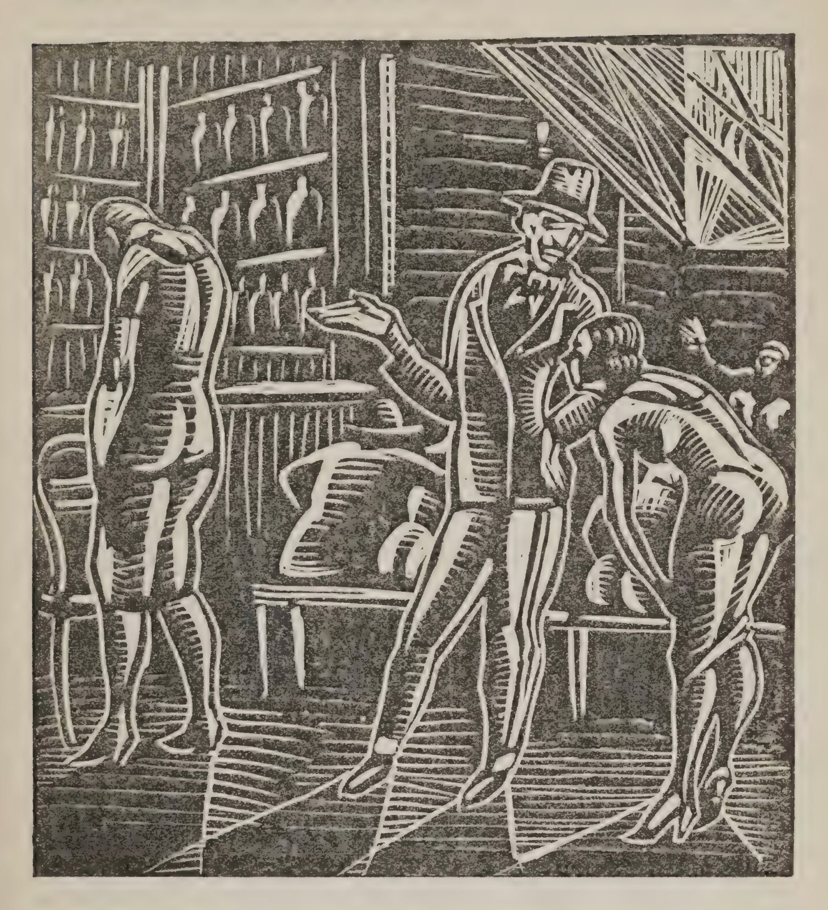
repetición. Pero no les hicieron caso y entonces cantaron en coro una canción que empezaba así:

Two lovely black eyes...

Al segundo verso la canción se suavizaba, llegaba en los siguientes hasta ser un susurro, y de pronto estallaba, feroz y salvaje:

Two lovely black eyes...

A Linda llamóle la atención uno de los ingleses. Era un hombrón formidable, vestido de marinero; en su cabeza, cuadrada y chata, bailaba un casquete minúsculo que acentuaba el aire grotesco del individuo. Tenía algo de clown y a Linda infundíale cierto miedo. ¡Qué ojos tan chiquitos, qué boca tan torcida, qué manos enormes y peludas! La nariz, de una anchura inverosímil y chata, se doblada hacia arriba, como las de ciertos perros. Todo el mundo se reía allí de su fealdad y su ridiculez, pero él no hacía caso y seguía cantando y bebiendo y gritando como un salvaje. Las mujeres, de miedo, negábanse a ir a la mesa donde estaba aquel tipo.



Mientras tanto, el Chino conversaba con la patrona: una mujer como de cincuenta años, morena y flaca, que se había enriquecido en Bahía Blanca, comerciando en carne humana.

—Se la vendo aura mismo, patrona...

—¡Uy, uy! ¿A esa palomita? Lástima que no estea don Teléforo. Lindita pa él...

La mujer recibía por las tardes a ciertos amigos influyentes, políticos provinciales que la protegían y a quienes ella procurábales buenos bocados en Buenos Aires. Don Telésforo era un caudillo local y diputado en la provincia.

—No li hace — dijo el Chino. —Ofrézcasela a cualesquiera... Al gringo ese que grita...

—¡Uy, uy, el bárbaro! Pero si quiere...

—Vaya no más, comadre. Nos vamos a rair.

La mujer ofreció la muchacha a los ingleses. Dos se entusiasmaron, pero el monstruo de la cara chata y del casquete aplastó sus manoplas sobre los hombros de sus compinches y quedó rígido un rato. Ellos no se movían, cada uno con un hombro inclinado bajo la garra del gigante, y la concurrencia festejaba con carcajadas las tres actitudes de cómica ridiculez. Luego el bárbaro volvió la cabeza y vió a Rosalinda, que ignoraba lo que tramábase contra ella. El inglés púsose en pie a duras penas, y, tambaleante, avanzó. Rosalinda, asustada, intentó correr; pero el Chino la detuvo y se la entregó al inglés.

—¡Aura, la que se va a armar!—gritó alguien.

De los cuartos salieron hombres y mujeres. La patrona mandó cerrar con llave la puerta de calle. El inglés agarró a Rosalinda de la cintura

y la alzó. Ella lloraba angustiosamente, pégabale, mordíale, pedía socorro, llamaba la pobrecita al Chino en su defensa. El Chino contemplaba aquello con una sonrisa feroz. La patrona reía con sus "¡uy, uy, véanlo al carcamal!". Toda la gente contemplaba el cuadro a distancia. El inglés besaba a su víctima babeándola, y luego se volvía hacia la concurrencia, con cara a veces de furia y otras veces de risa, y en la actitud de un clown que solicita el aplauso del público. Sus compañeros seguían cantando:

Two lovely black eyes...

De pronto el inglés quiso terminar su infamia. Todos advirtieron su resolución.

—¡Aura viene lo bueno!

—¡Qué rica cosa, che!

—¡Oigale!

—Two lovely black eyes...

Aquello fué horrible. El inglés, excitado, rabioso, con los labios apretados y la mirada extraviada, arrojó al suelo a su víctima y cayó sobre ella. Rosalinda dió un grito desgarrador, un grito de inmensa angustia que no conmovió a nadie. Todo el mundo, con todos sus sentidos a flor de piel, devoraba cada detalle, y, por no perder nada, ni siquiera lo comentaban con sus gritos soeces. Un silencio trágico. Algunos reían.

Cuando el inglés, rugiendo algo en su idioma, soltó a su víctima, hubo una algarabía de palabrotas. Estalló el piano que acompañaba el pasar de los films. El Chino, solitario y torvo, sonreía siniestramente.

Rosalinda estaba desmayada.





IX

Esa noche decidió matar al Chino.

En un instante en que el malevo salió a comprar cigarrillos, Rosalinda bajó al patio. Era una noche maravillosa de estrellas. Las casas pare-

cían cubiertas por grandes lienzos blancos. Un vasto y largo silencio dormía en el arrabal. El trasbordador, como un númen, velaba aquel sueño bajo las estrellas.

Rosalinda desenterró el revólver que quedara allí envuelto en papeles; lo cargó con cinco balas y tiró la caja con las restantes. Luego subió al cuarto, y esperó al Chino. Como tenía una mano herida y vendada a causa de la violencia de aquella tarde, pudo ocultar el arma en el hueco de la mano. El Chino llegó poco después y, sin hablarla, se acostó y se durmió. Ella quedó sentada en la silla, sufriendo en silencio, para no enojar al malevo, sus dolores físicos y su angustia enorme.

A media noche el malevo sintió ruido. Despertó, desconfiado siempre; pero permaneció inmóvil. Vió a Rosalinda acercarse a la cama y mirarle. Y adivinó todo. Instantáneamente tiró un manotón y agarró el brazo de la muchacha. Linda, sorprendida y aterrorizada, soltó el arma y fué a refugiarse contra la pared. Los ojos del malevo blanqueaban siniestramente en la oscuridad del cuarto. Volteó al suelo a la muchacha y la pataleó hasta desmayarla.

Y la dejó ahí no más, y él se echó a dormir como si nada hubiera sucedido.

Todas las esperanzas de Rosalinda murieron esa noche. Junto con aquel revólver que representaba su libertad, su venganza, su vida misma, el Chino le había robado hasta el más íntimo deseo de liberación. Ahora era una cosa cualquiera de propiedad del Chino, una cosa suya como su chambergo o sus botines. O mejor: como uno de aquellos instrumentos de abrir puertas que el ladrón usaba y que le producía dinero, ya que ella no era sino una cosa productiva, una máquina de ganar plata.

El Chino la perdió por completo.

Como con su único vestido, sucio, gastado y moteado por roturas mal disimuladas, y con su ropa interior harapienta y maloliente, no podía *trabajar* en Buenos Aires y ni aun en Avellaneda, comenzó a recorrer de noche la calle Facundo Quiroga, en el pueblo del Dock Sud. Su clientela fué la marinería y algunos alemanes de los bares y restoranes de aquella calle. Cuando pudo mejorar su indumentaria, Rosalinda frecuentó algunas calles de Avellaneda. El Chino la vigilaba siempre, pero ahora no le quitaba todo el dinero, comprendiendo que ella debía vestirse de-

centemente y gastar en afeites, en polvos y perfumes baratos. De aquel callejear por Avellaneda ascendió a protegida de Saturnina. La chinonga, que había vuelto al oficio de adivina y vivía cerca de Boedo, ejercía disimuladamente el proxenetismo. Se apoderó de Linda como de cosa propia. La explotó durante algunos meses hasta que no pudo hacerla producir ya más.

Entonces el Chino la llevó a otras partes.

Mejor vestida, con habilidades, que antes no sospechara, para arreglarse y atraer a los hombres, Rosalinda conoció, por medio de otras muchachas, varias casas clandestinas del sur de la ciudad. Pero el aspecto y los modos del Chino sugerían desconfianzas a las celestinas de aquellas casas, y la muchacha, no pudiendo frecuentarlas, debía retornar al callejeo, al *giro,* como decía el malevo, pronunciando la palabra a la italiana.

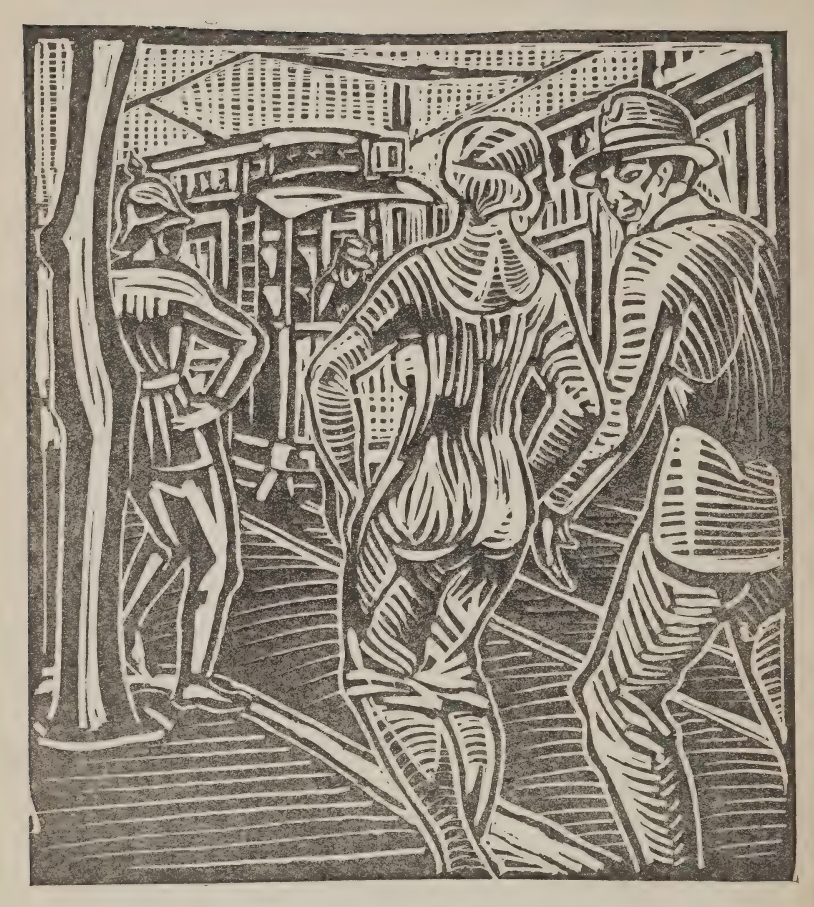
Así fué conociendo Rosalinda toda la ignominia de Buenos Aires. Su cuerpo se acostó sobre los lechos más sucios y miserables. Todas las "amuebladas" la tuvieron de huéspeda. Correteó por Callao y por Pueyrredón, por el Paseo de Julio y por San Juan, por todas las avenidas de la ciudad enorme, por todas sus calles frecuentadas. Fué asidua a los cinematógrafos mal reputados, a las confiterías donde acuden muchachas en busca de hombres. El extraño edificio de las

aguas corrientes, el de la Facultad de Medicina, la vieron dar vueltas y más vueltas a su alrededor en busca de su pan y de su transitoria libertad. Todas las calles conocieron su figura esbelta, sus caderas ondulantes que excitaban a los hombres, sus labios gruesos, sus cabellos rubios.

Algunas veces no podía más de fatiga. Hubo días en que debió caminar, yendo y viniendo por las mismas calles, dos o tres leguas. En ocasiones, sin un centavo para entrar en una confitería y sentarse con el pretexto de tomar un café, tuvo ganas de entregarse gratis, a cualquiera, con tal de descansar en un lecho.

No sentía placer físico en aquellos bajos y breves episodios que caricaturizaban el amor. Sólo sentía una gran lástima por los hombres. Y cuando los veía gozar con sus caricias, sobre todo después de haber adivinado en ellos la tristeza de sus vidas, entonces experimentaba un raro placer de su alma en el que nada tenía que ver su pobre cuerpo.

Se resignó a su vida ignominiosa y hasta llegó a considerarla como un bien. Porque aquellos instantes en que se vendía eran los únicos que le procuraban la sensación de la libertad. Entonces, sentíase lejos del Chino, libre del Chino; y buscaba un poco de placer o de fugaz ternura, imaginando que así vengábase del Chino.



Sus compañeros ocasionales eran siempre hombres maduros, sujetos de apariencia burguesa, empleados tal vez, hombres de esos que en las esquinas miran a las mujeres con ojos vagos y anhelosos, esperando comprar allí su semanal

ración de amor, que sus labios gulusmean anticipadamente. Pero a veces eran viejos, buenos viejos generosos y corruptores, que la trataban con afecto y dulzura y se mostraban ridículamente encanallados. Y otras veces eran miserables que la maltrataban, o que la despedían sin pagarle, o que le contagiaban enfermedades.

Perdió el sentido de su personalidad. Y acostumbrada a aquella vida, llegó a no tener ideas de lo bueno ni de lo malo. Su ambición consistió en llevarle al Chino todas las noches unos buenos pesos. Puso en ello un amor propio profesional. Si por acaso, al retornar a Avellaneda, se encontraba con alguna conocida del mismo oficio y hablaban de sus ganancias de la tarde, Rosalinda sentía un íntimo orgullo si llevaba más dinero que la otra. No aspiró a ningún placer ni a ningún mejoramiento. Encontrar un conocido, ser bien pagada, irse con un muchacho alegre que *sabía* despertar su sensibilidad casi dormida, eran sucesos felices y extraordinarios. No concebía que pudiese dejar semejante vida. Aquello era lo definitivo, lo único posible para ella. La idea de huir ya ni se presentaba a su imaginación. Hasta creyó sentir, en alguna ocasión, cierto cariño por el malevo, si bien, al mismo tiempo, deseaba hallarse lejos de su presencia terrible. Le consideró su hombre, su "macho", y como tal le obedecía cie-

gamente, entregada a aquella voluntad por entero, en una especie de inconsciencia.

Pero el malevo no había abandonado sus crueldades. Cuando Rosalinda llegaba con las manos vacías o con poco dinero, el bárbaro la maltrataba ferozmente. Su castigo preferido era arrojarla al suelo y patearle el cuerpo. Raras veces le pegaba en la cara, porque la cara era lo que en la calle atraía a los hombres y lo que, por consiguiente, le producía a él dinero.

Rosalinda aceptaba aquellos castigos. Creía merecerlos. Pensaba que era mala para con el Chino. Y al día siguiente arreglábase cuanto podía, pintábase los ojos y la boca, y en las calles exageraba sus habituales procedimientos para interesar y ser seguida: aumentaba el balanceo de las caderas, sonreía con los ojos a medio cerrar, movía los hombros, rozaba a los individuos que caminaban con lentitud por las veredas oscuras o en las calles miraban el pasar de las mujeres golosamente.

Y así transcurrían las semanas y los meses. Rosalinda ya no tenía ilusiones ni recuerdos. No soñaba, ni vivía. Dijérase que el alma habíasele



perdido. Vivía una existencia exclusivamente material. Cuando no andaba en la calle pasábalo en la casa durmiendo. El dormir y el comer eran sus únicos placeres. El Chino premiábala a veces con comestibles de las fiambrerías o con golosi-

nas. Rosalinda era entonces feliz, y reía con una risa un poco estúpida.

El Chino llegó a complicarla en sus hazañas. Ella hizo cuanto él le indicara, sin pensar ni por un instante que aquello fuera un delito. De acuer-



do con el dueño de una "amueblada" adonde Rosalinda llevaba a su clientela, el Chino introducíase en el cuarto. Y mientras ella besuqueaba al hombre y le daba placer, el malevo, arrastrándose por el suelo, robábale una parte del dinero. Tampoco Rosalinda se opuso a esta maniobra. Por el contrario, le divertía aquéllo, y después reía con el Chino pensando en el *estrilo* del hombre. Otras veces era utilizada como *campana,* y en más de una ocasión, yendo con el Chino en la plataforma de un tranvía "completo", el ladrón desvalijó al candidato que flirteaba con la muchacha, previamente adiestrada para estos casos. Y hasta se prestó a ser cómplice en asaltos, conduciendo por calles solitarias y oscuras a algún sujeto que la seguía.

Ni siquiera se sorprendía Rosalinda de verse realizando semejantes infamias. No pensaba ni podía pensar en nada. Lentamente había ido perdiendo el sentido moral, y si alguna vez la asedió un remordimiento descargóse fácilmente de él, diciéndose que ella hacía la voluntad del Chino, que ella era una cosa del Chino, que ella no sabía nada ni era responsable de nada.

A veces, sin embargo, cuando el Chino no estaba, quedábase inmóvil media hora, una hora, con la cara entre las manos. Sentíase entonces como atontada. Quería recordar algo, pensar en

algo y los recuerdos y los pensamientos se le escapaban. Concluía por creer que estaba soñando, que su vida era un sueño pesado y largo, y que no despertaba, que no podía despertar. Otras veces, pero muy raras, terminaba llorando, sin saber por qué...





X

Una tarde encontró a Isaura en una triste y miserable calle de Barracas, formada por ínfimas casuchas y por empalizadas detrás de las que colgaban piezas de ropa puestas a secar. Rosa-

linda intentó ocultarse, pero Isaura se le acercó. La amiga habíase casado y era feliz.

—¿Y vos?—le preguntó a Rosalinda.

Rosalinda miró a su amiga asombrada, como si aquella pregunta fuese la más extraña que pudiera hacerle. Isaura ignoraba hasta entonces la vida de Rosalinda. Observó a su compañera de otros años, y en sus ojos, en su vestir, y principalmente en sus modales, vió el abismo en que había caído. Una pena infinita dobló la cabeza de Isaura.

Luego dijo:

—Daniel se acuerda siempre de vos. Yo lo veo de tiempo en tiempo porque mi marido es albañil como él y pertenecen a la misma sociedad los dos. Daniel te quiere, Linda. ¿Por qué te fuiste con el Chino?

A Rosalinda parecíale que le hablaban de cosas incomprensibles. Como alelada, miró a un lado y a otro pesadamente, sin contestar. Después fijó los ojos en Isaura. Entonces tuvo una sonrisa apenas perceptible, como si hubiera empezado a comprender, y luego su rostro tornóse triste, doloroso. Su mirada se había hecho menos vaga. Isaura agregó, más bien por decir algo, por acabar con aquel silencio, con el malestar que Rosalinda y su actitud le producían:

— Mirá, mañana, si querés, podés verlo a Da-



niel Forti. La sociedad tiene un paseo en la Isla Maciel. En el embarcadero, a la diez...

Como Rosalinda no le contestase se despidió. Isaura había adivinado la vida de esclavitud de Rosalinda. ¡Qué impresión tan triste le había

producido! Pero no comprendía aquel estado como de sueño en que su antigua amiga parecía vivir.

Rosalinda permaneció un instante en el sitio. Las últimas palabras de Isaura la obsesionaban. "En el embarcadero, mañana a las diez..." Aquellas palabras habían hecho una abertura en medio de las espesas nubes que envolvían su ser, que habían entrado en su alma y la oprimían, que tapaban sus ojos y sus oídos, que la conducían por la vida sin voluntad, sin saber adónde iba.

Fué hasta el cuartucho en que vivía, en Avellaneda, y se echó a llorar. Su conciencia despertaba lentamente. Hacía muchos meses que no miraba la realidad. Recordó su vida pasada, pensó en su padre, en Daniel Forti, en sus besos y sus palabras de amor, y comprendió hasta dónde había caído. Comprendió que ella formaba parte del último lodo de la tierra, que era una delincuente, que merecía la cárcel. ¿Y por qué? Ella no había deseado nunca vender su cuerpo, ni ser cómplice en los delitos del Chino. Acordábase ahora de su resistencia heroica, cuando al principio él quiso hacerla suya, y después cuando exigíale que se vendiese. No, ella no tenía la culpa.

El Chino la había dominado, la había hecho una criatura suya, una cosa de su propiedad. El mandaba y ella obedecía. ¿Qué podía hacer sino serle obediente? Sentíase sin fuerzas para nada, ni siquiera para desear ser libre. Y ahora aquellas palabras de Isaura venían a conmover su vida, hasta entonces tranquila, tranquila en el delito sin remordimientos, en su falta de voluntad, en su resignación a ser sólo una cosa, una simple bestezuela, un montón de carne...

"Mañana a las diez, en el embarcadero"...

Y fué.

El Chino no había dormido en la casa y así ella pudo salir temprano.

Era una mañana de primavera, rubia, rubia, deliciosamente rubia. Un sol alegre, riente, ágil, juvenil, pasaba su pincel liviano sobre los cascos de las barcas; cabrilleaba en el agua del Riachuelo; pegaba estrellitas y las sacaba en seguida, en los mástiles que se balanceaban al pasar de las lanchas y los remolcadores; llenaba de gracia el aire. Armonía en las cosas, en el cielo. Dulzura de vivir.

Pero Rosalinda apenas veía todo esto. Su ser



entero era una inmensa espectativa. Un camino real, ancho como el mar, infinito como su desgracia, aparecía allá, al final de sus miradas, al final de su vida, al final del mundo. Temerosa de llegar iba lentamente.

En el embarcadero vió un gran grupo de hombres. No quiso mirar, no quiso que su antiguo novio la viese, estando allí otros hombres. Los otros sabrían que era una prostituta, una criminal. Se alejó un poco. Situóse en un lugar desde donde podía ver sin que la viesen. Todos sus sentidos convergieron en el grupo. Aquel debía de ser Daniel Forti. ¡Qué buen mozo estaba! Parecía más alto, más rubio, más hombre. ¡Y qué bien le sentaba la voladora corbata roja! Pero no pudo observarlo más, porque los hombres empezaron a bajar por la escalerilla y subir a las lanchas. Forti fué uno de los últimos en bajar.

Rosalinda acercóse al embarcadero. Ya estaban dentro de las lanchas, alegres y ruidosos. Ya trepidaban los motores. Ya el agua se abría en largas ondas y las lanchas buscaban el centro del río.

Entonces Rosalinda oyó un canto. Se acordó haberlo oído otras veces, hacía mucho tiempo. Los obreros cantaban el *Hijo del pueblo*:

Hijo del pueblo, te oprimen cadenas,
y esta injusticia no puede seguir;
si tu existencia es un mundo de penas,
antes que esclavo prefiero morir.

Rosalinda acercóse al muelle cuanto pudo. Entonces Daniel la vió. Primero fué un quedarse rígido, después un levantar la cabeza. Por fin, alzó el brazo y lo agitó en el aire. Otra lancha



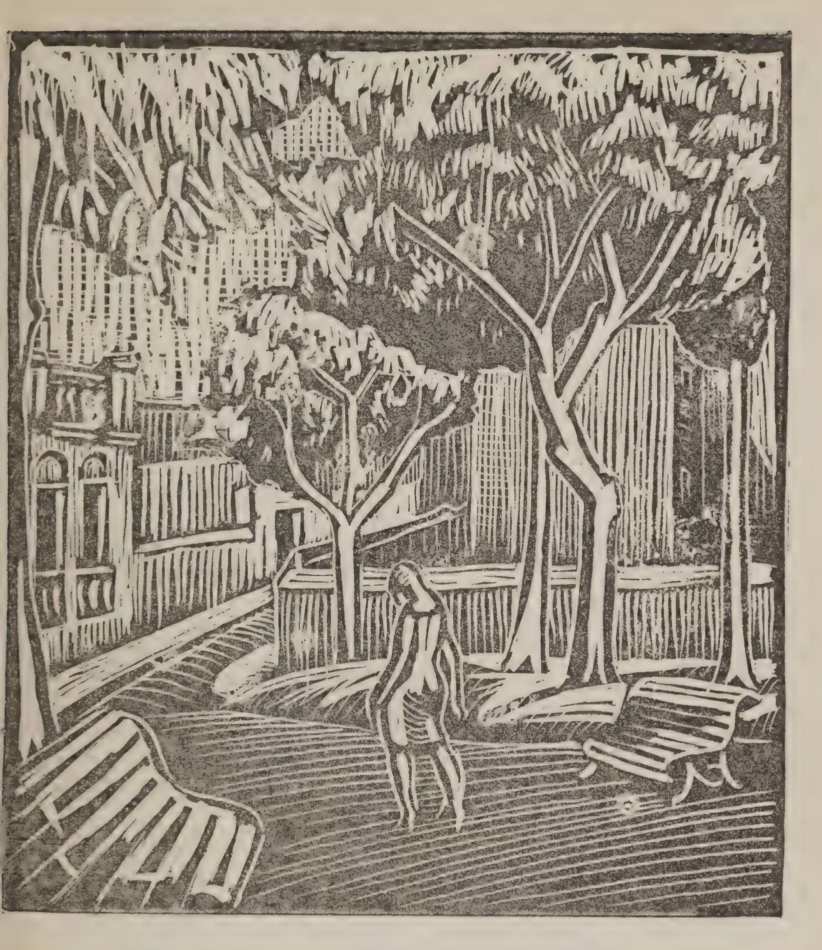
partía ahora· El canto llenaba el aire. Ya apenas se comprendían las palabras. Ella saludaba con el pañuelo, llorosa y a la vez contenta. Los versos de la canción íbanse perdiendo:

...antes que esclavo prefiero morir.

Las lanchas ya no se veían. Dijérase que el riacho la hubiese devorado. Rosalinda quedó pensativa, mirando en la dirección de las lanchas. Todo había vuelto a su silenciosa calma. Los barcos descansaban de sus faenas diarias. Alineados paralelamente al muelle, y en varias filas, multitud de remolcadores, chatos y alargados, elevaban hacia el cielo, límpido y luminoso, los largos, delgados y negros tubos de sus chimeneas. En el centro del río vagabundeaban botes de regatas, y los remos, como lentos brazos de balanzas, subían de un extremo mientras el otro tocaba el agua. Junto al embarcadero los botes y las lanchas a vapor se movían suavemente. El trueno insistente del trasbordador, que venía cruzando el río por el aire, distrajo a Rosalinda. ¡Qué enormes parecían desde allí, junto a ella, las cuatro pirámides de hierros entrecruzados que sostenían el puente! Apenas la negra cámara que conducía a las gentes llegó al muelle, cuando surgió de su entraña, súbitamente, un automóvil. Un gringo allí cerca vendía masitas, caramelos y naranjas. Los ojos de Rosalinda saltaron a un inmenso barco gris, y de allí al riacho por donde había huído la lancha en que iba su antiguo novio. Los mástiles y las chimeneas ocultaban el agua del río en esa parte. Un manchón de árboles más allá. Un molino más lejos. Rosalinda

pensó que ya los botes estarían cerca del Recreo, y acordóse de sus paseos con Daniel, y de sus primeros besos cuando bailaban al son de un tango que tocaba el piano automático. Sus ojos, cubiertos de lágrimas, ya no veían el paisaje...





XI

Rosalinda no volvió a la casa ese domingo. Acordóse de las señas de Isaura y fué a visitarla. Su amiga vivía no lejos de allí, a poca distancia de la plaza Herrera, en una casita pintoresca.

Ocupaba un cuarto del piso alto, colocado en las nubes, y al que se subía por una escalerilla empinadísima. Como la parte de la casa que daba a la calle era una pared muy baja, veíase desde la vereda el cuarto de Isaura. Delante de él había una vidriera cuadrada, y todo el frente estaba pintado de un verde primaveral.

Isaura hallábase sola, cosiendo. Su marido había ido también al paseo de la Isla Maciel.

—Has hecho bien en venir — le dijo Isaura, con cariño maternal. — Pero la verdad, no te esperaba. Pensé que no querías saber ya nada conmigo, y hasta creí... perdoname, Linda... que estabas para siempre... perdida...

—No, no, Isaura. Yo quiero cambiar de vida. Ayudame. ¿Cierto que me vas a ayudar?

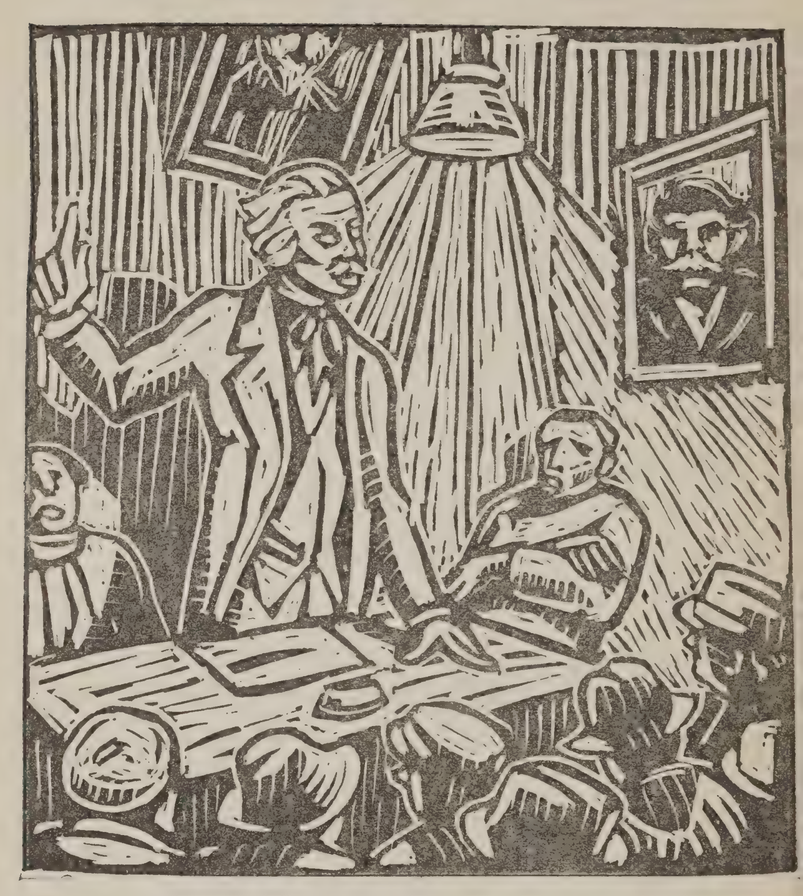
Rosalinda, a medida que hablaba con su amiga, iba recobrando la conciencia de su ser. Relató las miserias de su vida, sin suprimir ninguna, hasta aquellas complicidades en los delitos del Chino. Vengóse de su silencio durante meses y meses — pues con el Chino apenas hablaba — en una desenfrenada locuacidad. Isaura había comprendido lo difícil que sería arrancar a aquella muchacha de las garras del malevo, y sólo veía una solución: hacerla proteger por Daniel Forti, oponiendo a un hombre otro hombre. Probablemente Daniel no se casaría con Rosalinda, ahora, des-

pués de la vida que ella llevara. Pero, ¿qué importaba? Isaura no tenía "preocupaciones burguesas". Casada con un libertario, era libertaria ella también, lo mismo que Daniel Forti. Seguramente Daniel Forti se iría a vivir con Rosalinda, y para ellos esa unión era tan respetable como el matrimonio. Y sobre todo, ¿no tenía el deber de salvar a aquella muchacha? No era sólo el salvarla de la mala vida, de la esclavitud, sino también de la cárcel, de aquella cosa horrible que era la prisión de las mujeres.

—Tenés que arreglarte con Daniel — dijo Isaura. — Porque dar parte a la policía, no es posible. La policía... vos sabés... es nuestro mayor enemigo...

—Y a más, me llevarían presa a mí también. Y después los amigos del Chino se vengarían de ustedes. ¡Son tan malos los taitas esos!

Almorzaron juntas. Isaura tenía una hija de meses y se consideraba muy feliz. ¡Lástima que a veces faltase a su marido trabajo, a causa de la crisis de la edificación. Rosalinda hacíale mil preguntas sobre Daniel. Isaura hablaba de él con extático respeto. Aseguraba que era un hombre



muy inteligente, que sabía mucho, que echaba lindos discursos en las asambleas gremiales. En una huelga le hirió un machete policial, y estuvo en la cama dos meses. Era exaltado y la autoridad le vigilaba. Ahora hallábase sin trabajo.

—¿Y no tendrá alguna novia o querida?

—No, creo que no — contestaba Isaura.

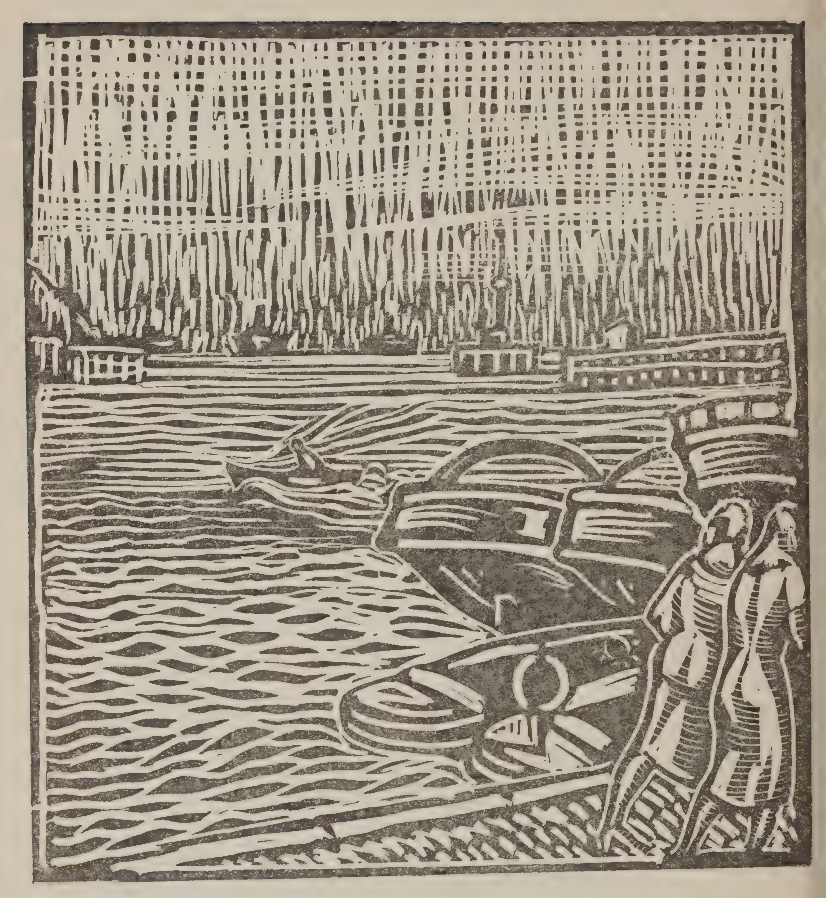
Y agregaba, acariciando la mano de su amiga:

—Y aunque así sea, la dejará por vos...

Rosalinda escuchaba estos detalles con todos sus sentidos, devorando cada palabra. A veces, involuntariamente, repetía como un eco los finales de frases.

Isaura veía con regocijo la transformación de su amiga. Ahora Rosalinda era un ser humano, una mujer, no un ente, como la encontró el día anterior.

Poco antes de caer la tarde salieron. Dirigiéronse hacia la Boca. Isaura quería esperar a su marido, a la llegada del paseo. Rosalinda iba a encontrarse con Daniel Forti, y este pensamiento le daba una vivacidad extraña, una gran alegría, una urgencia de charlar y de reír. Como era temprano, caminaron por los muelles del Riachuelo mirando los barcos. Todo estaba en quietud. Una suave y armoniosa calma de domingo llenaba el ambiente. Oscurecía del lado del Plata. Hacia la otra parte, detrás de la blanca inmensidad del



Frigorífico, se abría y parecía deshacerse un enorme abanico bermejo.

—Mirá el cielo, ¡qué color! Parece sangre —exclamó Isaura.

Rosalinda se estremeció. La vida con Saturni-

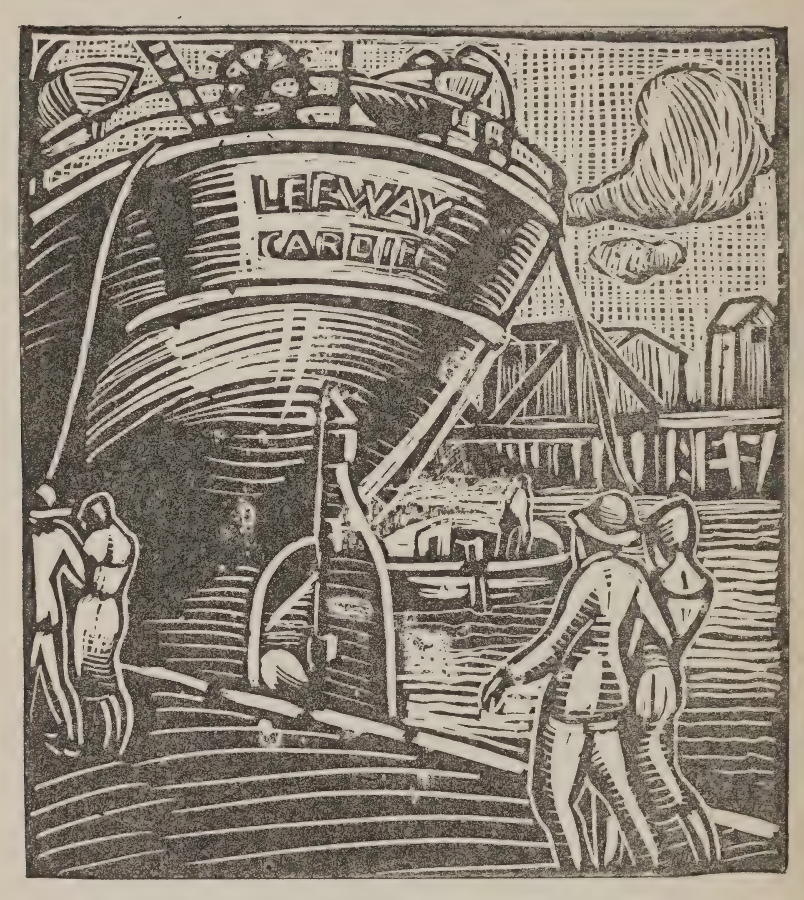
na, que echaba las cartas y ejercía la adivinación, habíale hecho supersticiosa, y en un instante recordó interiormente las visiones de sangre que había en su vida. Le ensangrentó el Chino la cara, a los diez y seis años, cuando la violó. Su padre, en el delirio, hablaba siempre de cosas sangrientas, de batallas, de puñaladas. Luego, ríos de sangre en el Frigorífico. Después aquella luz horrible de *El Farol rojo,* que manchaba la calle y las casas y que había augurado para ella el momento más angustioso de su vida. Y ahora, este sol, ¿no anunciaría alguna nueva desgracia?

Un canto lejano la sacó de sus pensamientos. Eran los anarquistas que regresaban del paseo.

Hijo del pueblo, te oprimen cadenas...

El alma de Rosalinda se iluminó de esperanza. ¡Daniel Forti le traía su libertad! El canto fuese acercando. Ya los versos eran comprensibles. La lancha había salido del riacho y corría por el Riachuelo, con su carga de hombres y de armonías.

Se acercaba la lancha. El canto esplendía en el silencio del domingo. Isaura cantó también, con entusiasmo, saludando al marido. Minutos después estaban los dos hombres junto a ellas. Isaura y Rosalinda reían al verlos alegres, un poco achispados por el vino. Daniel Forti tenía el chambergo en la nuca, y los movimientos de la cabeza



y de los brazos hacían volar la corbata roja cuyas puntas chocaban con la barbilla. Rosalinda le miraba encantada los bigotes rubios y los ojos azules y la melenita revolucionaria.

Los cuatro emprendieron el regreso, a pie. Isau-

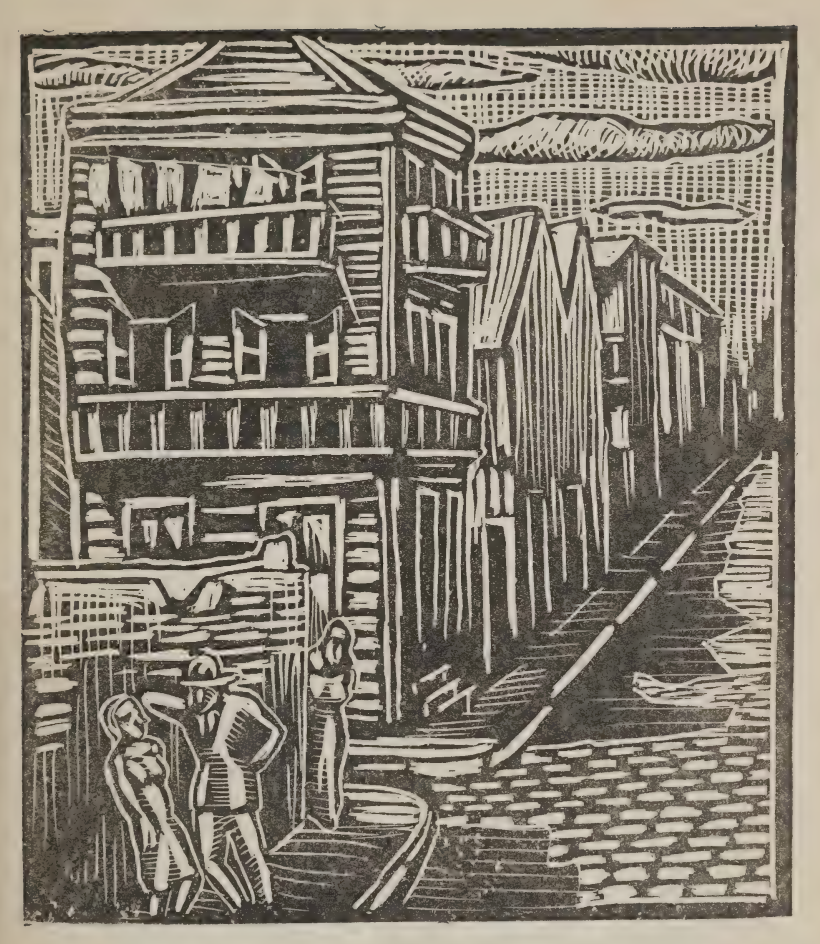
ra y su marido quedáronse atrás. Rosalinda y Daniel, al estar juntos, no supieron qué decirse. Daniel nada sabía de la vida actual de Rosalinda, pero su presencia allí, con Isaura, probábale que la muchacha quería ir hacia él. Forti la suponía con el Chino, arrastrada por la voluntad dominadora del malevo; pero ignoraba las ignomimias a que la condenara el criminal. En el temor de ofender a su antigua novia prefirió hablar de cosas indiferentes. Esperaba que Isaura le informase. Mientras tanto, convino con Rosalinda en verse allí al día siguiente, a la misma hora.

Rosalinda anhelaba irse con él en seguida, no volver a la casa, no ponerse al alcance de la voluntad del malevo. Pero, ¿cómo decírselo? Podría despreciarla. Esperaría. Haríase fuerte ella también. Ahora sentía nacer en su alma un poco de voluntad. Ya el Chino no la dominaría. Y cuando se despidió, triste de volver al cuarto donde tal vez la esperaban los golpes brutales del malevo, los ojos de Daniel Forti le dieron coraje, esperanza, voluntad.

Era ya de noche cuando volvía a su casa. Aterciopelada luz de luna plateaba la soledad del arra-

bal e iluminaba melancólicamente el alma de Rosalinda. Del interior de las casitas de tablas venían voces de conversaciones, llantos de niños. Aquí llegó a su oído una canción genovesa, allí una música de acordeón. A través de un vidrio vió a un hombre y a una mujer joven que se besaban. ¿Tendría ella también, algún día, siquiera un poquito de esas felicidades?





XII

El Chino, perseguido sin duda por la policía, no había ido a la covacha.

Dos tardes se entrevistó Rosalinda con Forti. La última vez fué al anochecer, frente a San

Juan Evangelista, lugar que eligieron porque, siendo un barrio frecuentadísimo, no andaría por allí el Chino.

Enterado Daniel por Isaura — no de todo, sino de aquello que debía saber —, tuvo otra actitud. Hablóle claramente de que debía dejarlo al Chino.

Rosalinda le pidió que la llevase en seguida. ¡No fuera a suceder lo que otras veces! Pero Forti, ahora mismo, no podía. Prometióle, sin embargo, que, tres días después, el sábado, la llevaría para siempre.

Rosalinda rogábale:

—Que sea ahora, Daniel. Yo seré tu sirvienta. Si te estorbo me echás a la calle, como a un perro... Pero ahora salvame... Quiero ser libre de ese hombre perverso...

El temor, y el asunto del diálogo, les obligó a buscar parajes menos concurridos; y caminaron por Olavarría en dirección a Barracas.

Daniel Forti tenía una razón para no llevársela en seguida a Rosalinda. Y era que vivía con una mujer. Cierto que desde hacía una semana convinieron en separarse; pero mientras la mujer no dejara la casa, Rosalinda no podía ir allí. Y así fué inútil que la muchacha llorase y rogase. Daniel contestaba:

—El sábado, ya te he dicho que el sábado... Buscaré un cuartito para que vivamos juntos.

Y agregó, para desviar la conversación:

—¡Qué felices vamos a ser! Ya verás...

Rosalinda se despidió con esta esperanza de felicidad. Habíale dicho a Daniel dónde vivía con el Chino. Quedaron en que Forti la buscaría, en el caso de que ella no apareciese. ¡La arrancaría de las garras del ladrón!

Pero en el mismo instante de separarse, Rosalinda tuvo una visión siniestra. Paralizada, no fué capaz de correr hacia Daniel Forti, que subió a un tranvía. Quedó temblando, medio estúpida, con los ojos vagos. ¿Qué era? Había visto una silueta de mujer que se alejaba y volvía la espalda como para no ser reconocida; y aquella silueta era Saturnina. ¿Sería casualidad su presencia allí? No. Aquella mujer la había espiado, sin duda por orden del malevo...

Cuando Rosalinda llegó a su casa, Saturnina la aguardaba. La mujer, con las manos cruzadas sobre el vientre, aparentaba largas horas de espera.

—Aquí estoy dende hace un'hora. ¿Ande anduviste? M'hijo te espera. Está en casa. Ha tenido que esconderse el pobre'e m'hijo porque la polecía



lo tiene entre ojos. Y me manda pa que te lleve, palomita... ¡Te extraña tanto el pobre! Y a más, que quiere la platita que habrás ganao estos días...

—No, no gané nada, dígaselo. Estoy enferma, no sé qué me pasa...

Como la muchacha se negara a salir, Saturnina se fué.

A media noche, Rosalinda dormía cuando oyó ruidos en el cuarto. Era el Chino. Desde que vió a su antiguo novio, ella no había ido por las calles a buscar dinero para el Chino y para vivir. Estaba resuelta a no hacerlo más. Y aun al Chino le resistiría, soportando los golpes con que él quisiera abrumarla.

Pero faltóle fuerzas para apartar al Chino. El malevo, sabiendo las relaciones de Linda con Daniel Forti, se propuso vengarse, y el primer acto de su venganza fué hacer suya una vez más a la muchacha. Rosalinda intentó defenderse, pero luego, pensando que convenía disimular, se resignó a todo, como quien bebe el brebaje más inmundo. El Chino la poseyó con alegría bestial, y observándola notó que no había en ella la sumisión de siempre, ni el aire de asonsada que tuvo hasta días antes.

A la tarde siguiente, jueves, el malevo la mandó a la calle, al *giro,* como decía él.

Era temprano y ella no podía encontrarse con Daniel hasta las seis, hora en que él terminaba su

trabajo. Anduvo vagando por Almirante Brown, la principal calle de la Boca, con objeto de despistar al Chino o a Saturnina, por si acaso le iban siguiendo. Luego subió a uno de los tranvías que van costeando Pedro Mendoza, y durante todo el camino miró los barcos y el río como si se despidiese de ellos. Pensaba que Daniel la llevaría lejos de allí, al otro extremo de la ciudad. Quería olvidar aquellos barrios que le recordaban incesantemente la desdicha de su pobre vida.

En Cochabamba hizo parar el tranvía. Y caminó hacia el oeste, rumbo a Constitución, en cuyas proximidades trabajaba Daniel. Pero era aún temprano y debió esperar. Pasó frente a la obra infinitas veces, y vió a Daniel en un andamio, a la altura de un segundo piso, rebocando la pared recién construída. ¡Con qué ternura y con qué miedo lo miraba! De pronto le aterrorizaba la idea de que pudiera caerse, y huía de allí; pero luego retornaba, atraída por aquel peligro.

Daniel concluyó su trabajo, por fin.

—El Chino me ha mandado a buscar plata, fijate — dijo Rosalinda afligida.

—Ha vuelto, entonces...

—Ha vuelto — repitió ella, callando lo ocurrido en la noche anterior.

Daniel, mientras caminaba, echó mano a su

bolsillo y sacó cinco billetes de un peso. Le quedaban unas pocas moneditas.

—Tomá esto, Linda. Decile que lo has ganado con ese trabajo que él quiere que hagás.

—Y vos, Daniel, ¿te quedás sin nada?

Daniel la obligó a aceptar aquel dinero. Y aun la amenazó con enojarse, si no lo admitía. El no iba a permitir ni que se diese a otros — Rosalinda le reprochó a Daniel esta suposición — ni que el Chino la apalease por no ganar ni un centavo.

—¿Y por qué no me llevás, mejor?

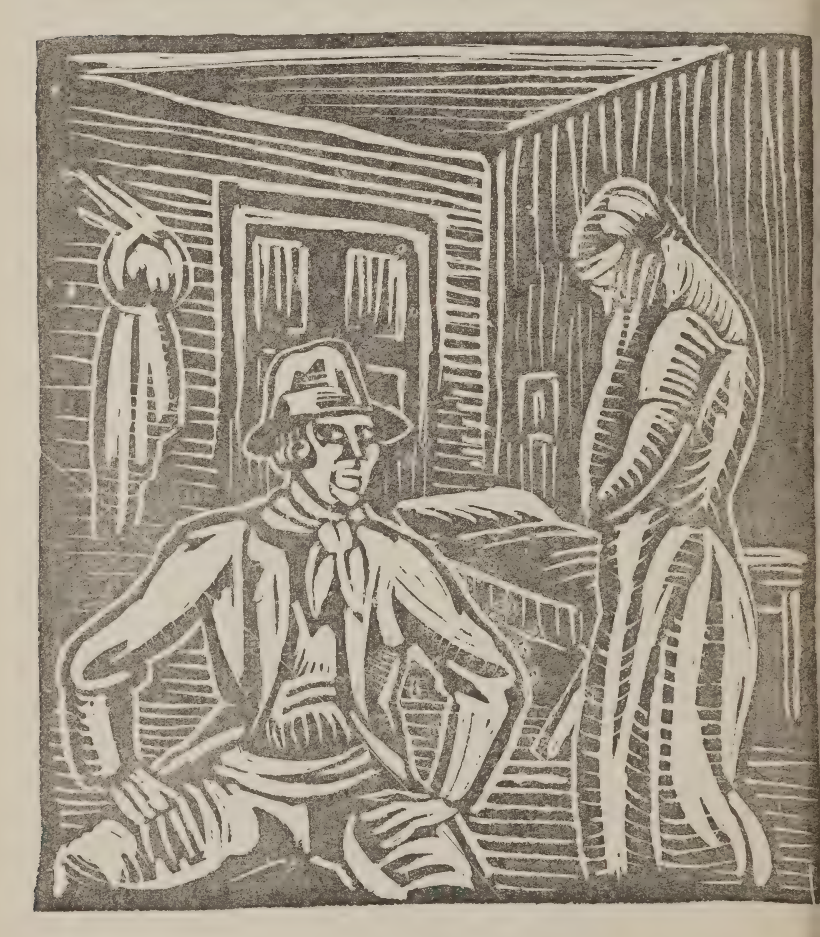
—El sábado, Linda, ya te he dicho que el sábado...

Rosalinda llegó a su casa ya de noche. El Chino la esperaba, conversando — *chamuyando,* decían ellos —, con los dos taitas que fueron sus compañeros de cuarto, allá en la inmunda pocilga del Barrio de las Ranas. El malevo le exigió el dinero allí mismo, en presencia de los dos compinches. Rosalinda sacó los cinco pesos y se los entregó.

—¿Nada más me trais, nada más? — exclamó el Chino, irritado al recibir tan pequeña cantidad. — Ya no servís ni pa eso.

Los taitas la miraron con desprecio y después sonrieron irónicamente.

Rosalinda atrevióse a contestar al Chino. ¿Y por qué no servía? Su cara estaba fea, ajada; su

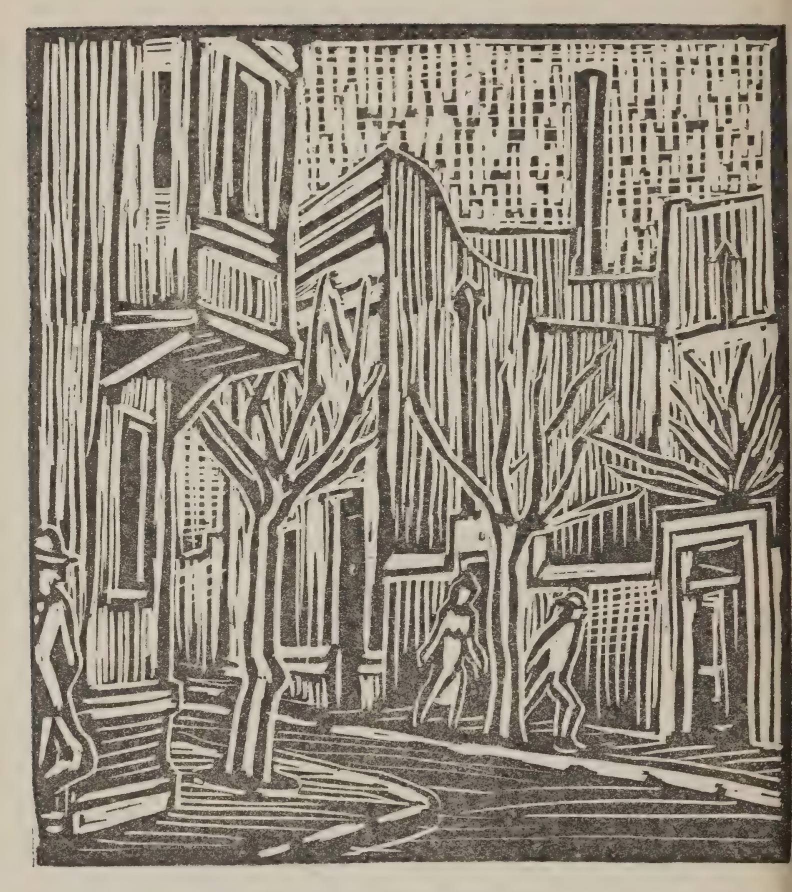


cuerpo, lleno de moretones. Todo a causa de él, que la hacía sufrir y le pegaba. Los hombres ya no la querían. ¿Qué era ella ahora? Una *turra* cualquiera: mal vestida, porque él no le daba para ropa; sucia, porque la obligaba a vivir en un cuartito donde apenas cabían y donde no había modo de adecentarse; fea, triste, golpeada, porque él la maltrataba sin compasión. Su vida era una tristeza. ¿Cómo estar linda así?

Los malevos seguían sonriendo, como con lástima del Chino, al cual en ese momento debían juzgar como un pobre diablo. Lo que era a ellos, no les pasaría una cosa así. ¡Jamás las *minas* dejaron de obedecerles, y jamás les contestaron de semejante modo.!

El Chino afectaba aceptar los argumentos de Rosalinda. Ya otros amigotes suyos seguían las pisadas del albañil, al cual conocían por Saturnina, que se los señaló una tarde hablando con Linda; y la venganza que él preparaba sería una cosa nunca vista. Y en tanto, con el cigarrillo a un costado de la boca y los ojos torcidos mirando a la muchacha, la dejaba hablar, silencioso e inmóvil. Rosalinda hablaba y hablaba, sin fijarse bien en cuanto decía, creyendo engañar al Chino.

Los malevos seguían sonriendo, llenos ahora de desprecio hacia su amigo.



El viernes el Chino la obligó otra vez a salir en busca de "trabajo". Pero ella, advirtiendo que un sujeto la siguiera de lejos, volvió al cuartucho.

—Estoy enferma, Chino. Perdoname. Hoy no

puedo. Mañana te traeré mucha platita. Verás cómo mañana me portaré bien...

El Chino nunca fué más brutal. Una larga hora estuvo golpeándola.

Y en medio de los golpes, le dijo estas palabras, mucho más crueles para ella que los golpes mismos:

—Ya ves lo que sacaste... Y todo esto ¿pa qué? A esta hora, Daniel Forti ya cantó pal carnero...

—¡No es verdad! ¡Daniel no está muerto! ¡No está muerto! — gemía Rosalinda.

El malevo suspendió los golpes para convencerla. Le explicó que había encargado de la operación a un muchacho "muy púa", de esos que sabían hacer las cosas. Inventó detalles, mintió con la sangre fría del ladrón y del asesino. Rosalinda le escuchaba padeciendo un infinito de dolor. Y a medida que el Chino avanzaba en su relato, ella, que iba convenciéndose, retornaba al oscuro estado de conciencia de los meses pasados.

Pero antes de entrar definitivamente en él, hubo en su espíritu un instante de lucidez. Pensó que su vida había terminado, y, arrojándose a los pies del malevo, le rogó:

—¡Matame, Chino, Matame!

El ladrón la apartó de un puntapié.

Ella seguía gimiendo, arrastrándose detrás del hombre:

—¡Matame, Chino!

Y al cabo de una hora de gemidos y de llanto, quedó la infeliz en el suelo de la covacha. El malevo la miraba, sombrío y mudo. Cuando se levantó, Linda sintióse otra vez sin voluntad, casi sin conciencia, dominada en absoluto por los ojos, las palabras y aun el simple pensamiento de aquel hombre. ¡Otra vez sin libertad, sin vida propia, sin esperanza de amor ni de salvación!





XIII

Llegó el sábado. La cita con Daniel era a las cinco de la tarde, frente al Arsenal.

Rosalinda salió de su casa a las cuatro. El Chino, lejos de oponerse, le recomendó habilidad

para elegir marchantes. Y mientras ella, desconfiada, apenas atrevíase a partir, él, fingiendo indiferencia, se arrojaba en la cama — en la *catrera,* según su jerga —, como disponiéndose a dormir.

La muchacha iba por la calle sin saber qué le pasaba. Sentíase una cosa del Chino, pero al mismo tiempo vislumbraba su libertad. Una voz interior decíale que Daniel no estaba muerto. Pensaba que el malevo la había engañado por pura maldad, por verla sufrir; o sino, para averiguarle sus sentimientos y sus relaciones con Daniel. ¡Y ella tan sonsa que se lo había creído y había dejado ver su amor! Pero ¿y si era verdad? ¿Si fuese cierto que Daniel había sido asesinado por un amigo del Chino? Tantos detalles como le dió el malevo ¿podría haberlos inventado? Y al pensar esto apresuraba el paso hasta correr, nerviosamente, y un sudor helado empapaba su cuerpo.

Iba caminando por esas calles miserables del suroeste de Barracas: Puentecito, Limay, Perdriel, California. Temiendo que el Chino la siguiera, en más de una ocasión desandó camino. A veces, llena de miedo, miraba hacia atrás y echaba a correr. Otras veces, contenta al pensar en Daniel, sonreía. En Vélez Sársfield tomó un tranvía. Antes de subir miró hacia adentro, por ver si

no iba el Chino, o Saturnina, o alguno de los compinches del malevo. En el tranvía sintióse libre del Chino, pero no de sus temores por la vida de Daniel. De cuando en cuando sacaba la cabeza por la ventanilla y miraba hacia el camino recorrido, para ver si la seguían en algún automóvil. De este modo llegó al Arsenal. Bajó un poco más lejos y esperó a su amante en una de las calles inmediatas.

No tardó en llegar Daniel, calmando con su presencia la atroz inquietud de la muchacha. Daniel venía en un coche descubierto y traía varios pequeños bultos.

—Subí, Linda — le dijo alegremente, sin bajar del carruaje.

Rosalinda temblaba entera. Tenía ganas de llorar. Y en la turbación que le causaba la próxima felicidad, sonreía forzadamente. Cuando subió al carruaje y estuvo al lado de Daniel que le tomó una mano y la miraba con cariño, soltó el llanto. Daniel la abrazó diciéndole:

—Pobrecita, pobrecita mía.

Y agregó, con un tono de ternura que ella nunca había oído en su vida;

—No llorés, Linda. Ahora, tesoro, nos vamos a vivir juntos, para siempre. He tomado una casita con dos piezas, frente al Parque Patricios. Verás qué preciosura...



El coche iba a la disparada por Caseros, casi desierta. El sol caía por detrás de los altos árboles del Parque. Rosalinda y Daniel, de la mano, sentíanse felices. Ella, extasiada, ya no se acordaba de sus temores. De cuando en cuando, sin embargo, se abstraía y miraba a lo lejos, como preocupada.

—¿Qué tenés? — le preguntaba Daniel.

—Nada. Pero me parece que todo esto fuera un sueño. Tengo ¿sabés Daniel? que darme cuenta de a poquito. Parece un sueño, parece...

—¡Pobrecita, pobrecita mía! — exclamaba Daniel besándola.

Cuando bajaron del coche, Linda vió un sujeto que pasó frente a la casa y se fijó en el número. Quedó llena de miedo. Creía haber visto a ese mismo hombre en el tranvía. Pero nada le dijo a Forti por no alarmarlo y pensando en que todo podría ser imaginación suya.

En la casita había algunos muebles. Daniel había arreglado el dormitorio, un cuartito limpio y sencillo, desde donde se veían los grandes árboles del Parque. Allí sentáronse. El otro cuarto pensaba alquilarlo después a algún amigo. Diéronse

infinitos abrazos. Las caricias soñadas hacía tres años, las caricias que durante ese tiempo imaginaron, revivieron en aquel instante con su bella y ardiente realidad. Rosalinda a veces se entristecía. Recordaba que besó a otros muchos hombres, que sus labios fueron mordidos por el Chino. Pero ella ponía un sentimiento que nunca lo dió a los otros y su placer era una cosa nueva y divina.

Anochecía. Separáronse para encender la lámpara. Luego salieron a la puerta para mirar los árboles. Era un tibio atardecer. Hacia el fondo del parque permanecían algunas franjas rojizas en el cielo oscurecido.

—¿Te gusta nuestra casita? Aquí estamos seguros y libres.

Rosalinda iba a contestar cuando unas siluetas bajo los árboles dejáronla muda.

—¿Qué tenés?

—Esos hombres, allá... Parece que se esconden...

Daniel se rió. No era nada. Debía estar tranquila. ¿No lo tenía a su lado a él? Todo eran nervios, nada más. ¿Y qué extrañarse, después de tanto como sufrió? El la llevaría a un médico amigo suyo y en poco tiempo estaría sana. Tranquilidad, pensar en que eran felices. Nadie sabía que vivían allí. ¡Y aunque supieran! ¡No era el malevo más hombre que él!

—Cerrá la puerta con llave, Daniel.

El muchacho fué a buscar la llave. No la encontraba. Juraría haberla dejado puesta en la cerradura, mientras bajaba del carruaje los bultos. Aquello le disgustó. Rosalinda quiso que arrimara una silla contra la puerta.

Volvieron al dormitorio. Allí Daniel desenvolvió un paquete donde había una botella de vino y varios comestibles.

—Mañana cocinarás. Hoy festejaremos tu llegada — decía a Rosalinda, que miraba temerosa hacia la puerta.

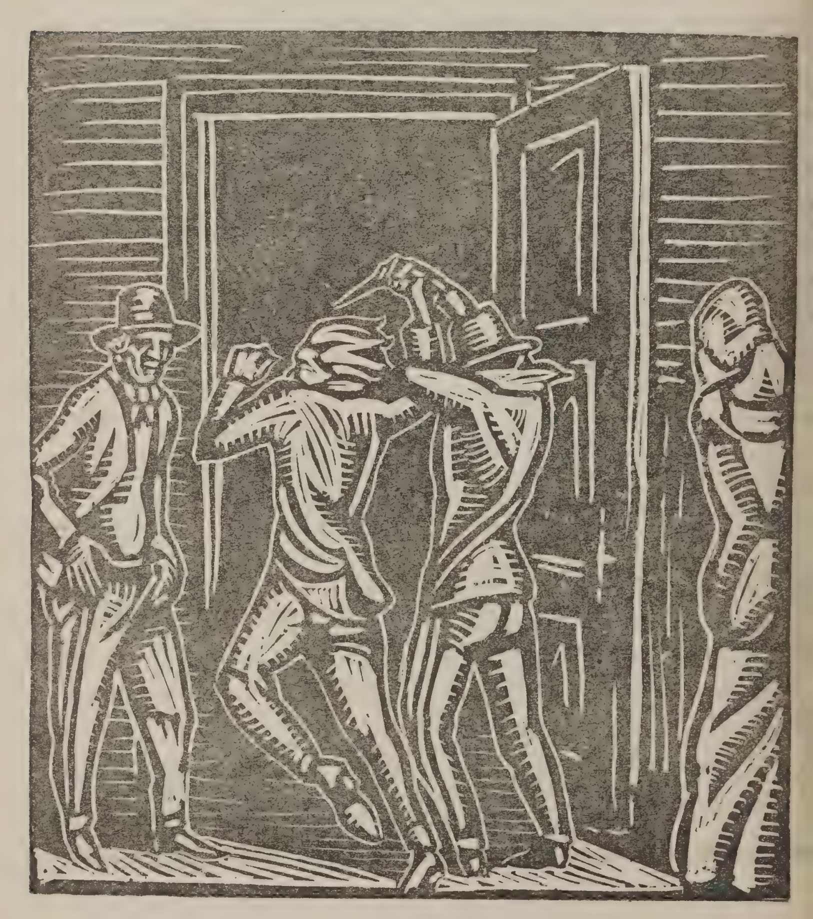
De pronto un ruido les puso de pie. La puerta del cuarto se abrió. El Chino estaba frente a ellos. Rosalinda, instintivamente, se arrimó a Forti como buscando protección. En la mano de Forti se agitaba el cuchillo con el que había estado comiendo. Un puñal relampagueaba en la izquierda del malevo.

—Salí de aquí, ladrón — tartamudeaba Daniel, que no osaba atropellar al Chino, no por cobardía sino por falta de espíritu agresivo.

El Chino, callado y siniestro, con los ojos enor-

mente blancos y las cejas como un travesaño sobre los ojos, miraba a Rosalinda, como penetrándola. Forti, por fin, atacó al malevo, pero otro sujeto saltó sobre él y lo desarmó.

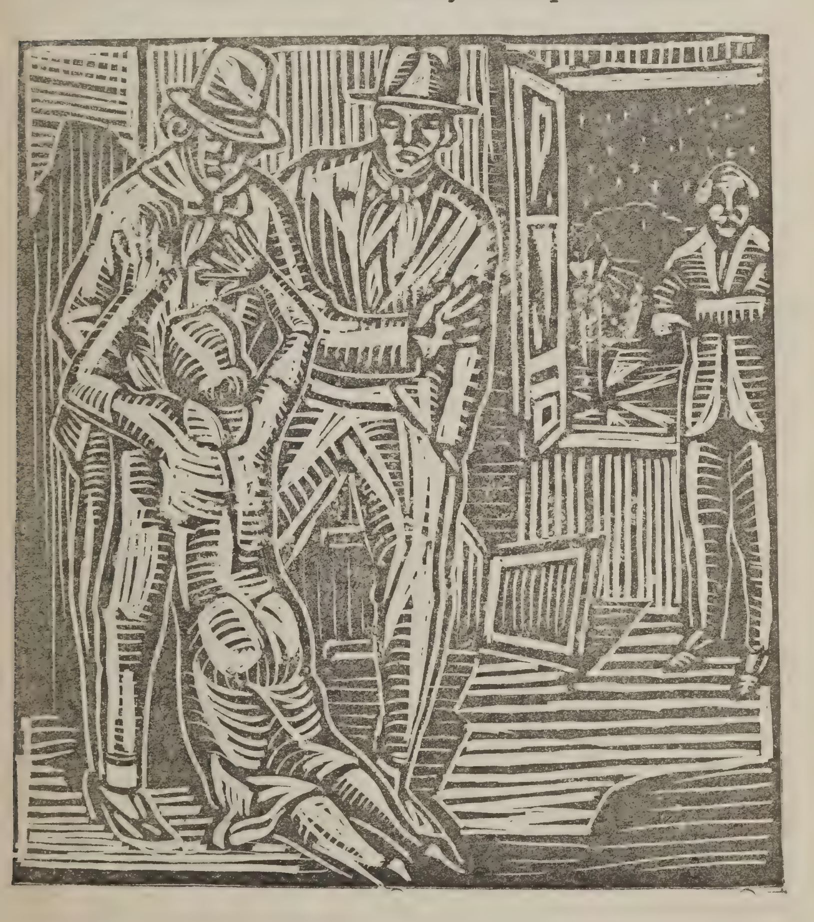
—¡Estoy perdido!



El malevo, sin apartar sus ojos de Rosalinda y entregándole su puñal, le susurró:

—Obedeceme, te digo, obedeceme...

Rosalinda púsose a temblar. Miraba ella también al Chino como si sus ojos no pudieran des-



prenderse de él. Con el puñal en la mano, medio idiotizada, llorosa, estremecida, rogaba al malevo:

—Perdonalo, Chino, perdonalo... Tené compasión...

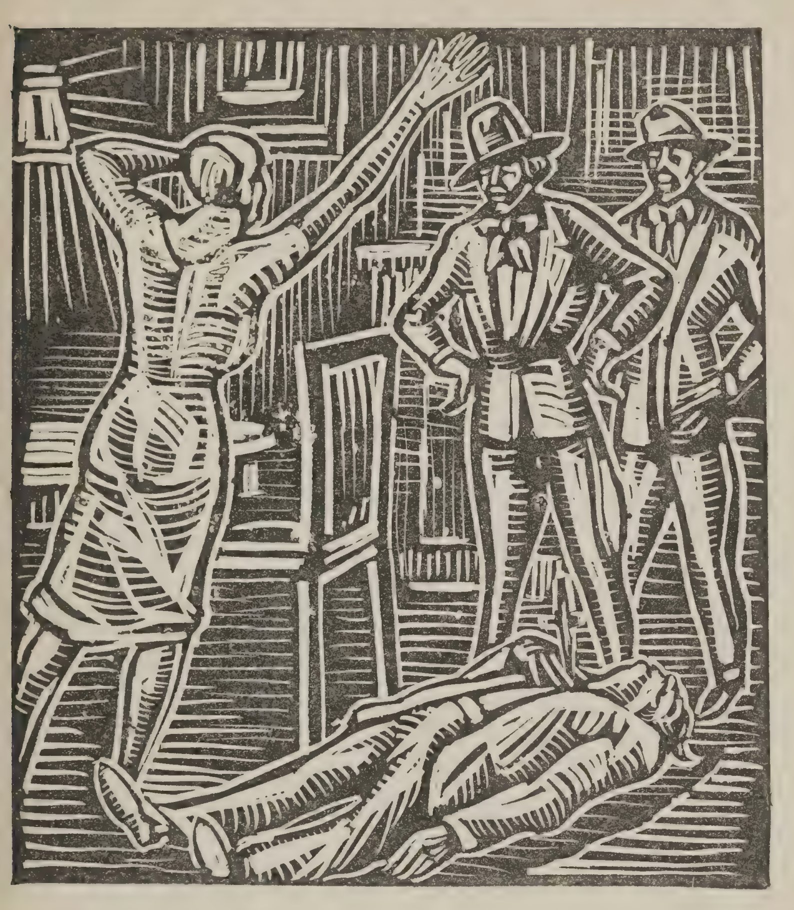
—Me encontrás sin arma, cobarde, y te aprovechás — vociferaba Daniel.

—Perdonalo, Chino...

—Bueno, andate con él — habló el malevo, mirando a su amigo y sonriendo torvamente. — Abrazalo, y andate con él, andate...

Rosalinda, entonces, pareció como agitada por una terrible lucha interior. Pasábase una mano por la frente y la cara, como para despejarse. Sus ojos, enormes, asustados, iban del Chino a Daniel. El malevo acuchillábala con su mirada feroz, torcida, conminatoria. Daniel Forti asistía a aquella escena incomprensible, con la certidumbre de la tragedia. Esperaba el instante en que Rosalinda clavase aquel puñal en el Chino. Pero ¿por qué el malevo se lo había dado? ¿Por qué ella vacilaba? ¿Por qué la mirada tiránica e imperiosa del ladrón?

Y de pronto, Rosalinda se acercó a él. Daniel se creyó salvado. Rosalinda, vacilante, como so-



námbula, lo abrazó. Daniel la abrazó también. No veía los ojos del Chino, relampagueantes e imperativos, cayendo sobre el rostro de Rosalinda como un tajo. Y bruscamente sintió el puñal en el pecho y un chorro de sangre.

Miró a Rosalinda con espanto. Y cayó al suelo. Sus ojos se distendieron enormemente, tuvo un tic rápido en un costado de la boca y quedó rígido, entre un charco de sangre.

—Me comprendió ¿viste? Me comprendió —dijo el malevo a su acompañante, sonriendo con ferocidad.

Rosalinda, al ver muerto a Daniel Forti, pareció despertar de su sueño. La realidad brutal y horrible volvióle a la conciencia de su ser. Ella, que adoraba a ese hombre, ella, que por él iba a ser libre, ella misma lo había asesinado. Pero una voz interior le gritó que no era ella, sino el Chino. El malevo, que sonreía triunfante, era el verdadero criminal. Rosalinda, en un segundo, sintió que la desesperación llenaba todo su ser, y creyóse con fuerzas para gritar al malevo esta palabra: "¡asesino!", que iba subiendo hasta sus labios. Pero la palabra no fué dicha. Y la súbita luz que se había encendido en su conciencia se apagó de pronto. Y el alma de Rosalinda retornó a la triste oscuridad de los más tristes tiempos.

El malevo, dispuesto a llevársela, la empujó para que saliera. Rosalinda, sin mirar a su amante muerto, y como si no se diese cuenta de nada, salió de allí vacilante, con paso lento y torpe.

El Chino, como aquella tarde cuando la llevó

de la casa en que ella vivía con su padre y con Saturnina, la empujaba, diciéndole:

—Caminá, mi vida, caminá...

De pronto, el Chino se detuvo. Bajo los árboles movíanse rápidas siluetas. Y una visión de presidio fué la única inquietud en el alma torva del malevo.



Fin de HISTORIA DE ARRABAL

ESTA «HISTORIA DE ARRABAL» QUE DIBUJÓ
CON AMOR Y TALENTO ADOLFO BELLOCQ,
FUÉ CUIDADOSAMENTE IMPRESA EN
LA IMPRENTA MERCATALI, Y
QUEDÓ TERMINADA EL
14 DE DICIEMBRE
DE 1922.



OPINIONES EXTRANGERAS SOBRE

LA TRAGEDIA DE UN HOMBRE FUERTE

EDUARDO BARRIOS, *el gran novelista chileno, ha escrito un artículo en "La Semana", de Santiago, en el cual dice, entre otras cosas:*

Manuel Gálvez, el novelista argentino de la sólida composición y la prosa clara, llana y sustantiva, nos envía hoy un libro formidable: *La tragedia de un hombre fuerte.* Es la obra de un talento maduro, recia, generosa, llena de simpatía, justa en la visión, valiente en sus análisis hasta la crueldad, pero en el ideal esperanzada y noble. Aborda en ella Gálvez, con asombrosa claridad y sobre una rica documentación, — para la cual, según nos advierte en su prólogo, llegó aún a la encuesta — los problemas argentinos, que son también americanos. Toda esta crisis por que están pasando nuestras sociedades, crisis del alma colectiva y del alma individual, crisis de pueblos que a mitad de su crecimiento se hallan de pronto urgidos a evolucionar hacia las normas de los tiempos nuevos, ha sido en este gran libro recogida y sujeta a una lúcida revisión de valores. —...*La tragedia de un hombre fuerte* será, ante todo, por abordar con preferencia los problemas del amor, un evangelio para las mujeres. Si *Nacha Regules* dió con ellas al autor un triunfo, esta obra le convertirá en un taumaturgo para ellas. Pocas veces he leído páginas de psicología femenina tan seria, certera y trascendental en una novela. — Muchos dirán que en este ilbro es Gálvez menos novelistas que en los anteriores y más sociólogo, y más psicólogo y más apóstol. Bueno, que lo digan. Siempre le reconocerán grande. ¿Y acaso él se ha propuesto desarrollar un mero motivo estético y deleitable, de solo humanidad y poesía? No. Gálvez ha querido, como ya indiqué, coger ampliamente una hora crítica de su pueblo, revisar sus valores y marcar el camino que su buena fe y su amor de argentino le dictan, como el de "los dogmas de la Vida Nueva". —... como literatura, *La tragedia de un hombre fuerte* mantiene las cualidades sustantivas de Gálvez, y aun las acrecienta. Esas páginas descriptivas del capítulo titulado "El espíritu estático" son de primer orden, plásticas y sujestivas; y todo el libro, no obstante ser tan extenso, resulta de lectura facilísima. El estilo vibra, se agita viviente, arrastra hacia adelante con la fuerza irresistible de lo exacto, de las palabras desnudas y veraces. — Sí, sobre todo esa corriente de simpatía humana que electriza la espina dorsal de este libro, conquistará a Gálvez muchas estimaciones nuevas y le afianzará muchas viejas. El lector sobrepasará la admiración y sentirá el cariño a la nobleza del hombre, a su espíritu sembrador, impulsador de alientos y de vida.

El vigoroso novelista y crítico uruguayo VICENTE A. SALAVERRI, *escribió en "Pegaso", de Montevideo:*

Pero el libro en sí, es una novela, bien que participe de la honda trascendencia que cobraría un meditado estudio psicológico, hecho por un escritor que fuera a la vez sociólogo. Novela y gran novela es *La tragedia de un hombre fuerte.* — Sus anotaciones constituyen el más vigoroso trabajo psicológico, en cuanto concierne a la mujer, que ha hecho un intelectual

argentino. Es un libro de plenitud, serio, grávido, definitivo. El talento del autor, conjuntamente con su cultura, han alcanzado límites no siempre sobrepasables. Se ve que antes de realizar este esfuerzo audacísimo, Gálvez ha estudiado mucho, aceptando como maestros a psicólogos tan experimentados como Stendhal y Bourget. — He aquí la clase de observaciones que dan valor a esta novela, que la convierten en un libro sesudo, trascendental. Y he ahí, precisamente, lo que, por parecer demasiado árido, pesado sin duda, va a enfriar el entusiasmo de infinitos lectores superficiales, conseguidos últimamente por el Gálvez de *Nacha Regules*. Menos mal, si el "yo no escribo más que para los lectores inteligentes y cultos" de Renán, ha sido repetido en serio, pues la falta de venta no llevará nunca a este novelista tan sólido — de recia obra balzaciana, como ha dicho Eduardo Barrios — al descenso vergonzoso de una claudicación.

En el "Mercure de France", FRANCISCO CONTRERAS, *el prestigioso redactor de aquella revista, y a la vez poeta y novelista, ha dedicado a "La tragedia de un hombre fuerte" una extensa nota crítica, en la que dice:*

Nuestros novelistas de la realidad, como sus colegas de todas partes, sufren pues en este sentido la influencia naturalista; sus obras son grandes cuadros, productos de la observación y de la documentación, mirados desde un punto de vista más o menos sociológico. Manuel Gálvez, que es el primer novelista de la Argentina, es uno de los representantes de esta tendencia. Es un escritor poderoso, provisto de un gran don de observación y de un raro poder creador, doblado de un idealismo ferviente, lleno de ideas generosas y también de esta simpatía humana que comprende todas las miserias y se compadece de todos los dolores. Como casi todos los escritores natos, es un entusiasta, un sentimental, un lírico. — Es una obra de documentación rica y de composición original, en la cual el análisis de psicología social o individual alterna con intrigas rápidas y tendenciosas. — El análisis psicológico está desarrollado en esta novela con una perspicacia y una minucia extraordinarias.

En la "Revista do Brasil", MONTEIRO LOBATO *ha consagrado a este libro una nota crítica, de la que transcribimos estas líneas:*

Gálvez demuestra una vez más sus excepcionales cualidades de novelista y de psicólogo. Más psicólogo aun que novelista. Lo arrastra siempre la demostración de una idea, el desenvolvimiento de una tesis. Víctor no es un hombre, es un símbolo. Itúrbide, otro. Pero las mujeres que se entregan a Víctor, a pesar de haber sido puestas ahí cada una para simbolizar una especie de amor, como las entiende Stendhal, son criaturas vivas, tomadas del torbellino de la vida y perfectamente fijadas. Excelente libro, por lo tanto, y un bloque más que Manuel Gálvez asienta en el edificio de su ya formidable creación literaria.



LIBROS DE MANUEL GALVEZ
que se hallan en venta

LA MAESTRA NORMAL
Novela — 8.° millar

Un volumen de 380 págs. . . . . $ 2.50

LA SOMBRA DEL CONVENTO
Novela — 6.° millar

Un volumen de 256 págs. . . . . $ 2.50

NACHA REGULES
Novela — 15.° millar

Un volumen de 340 págs. con 104 ilustraciones de Adolfo Bellocq . . . . $ 3.00

LA TRAGEDIA DE UN HOMBRE FUERTE
Novela — 5.° millar

Recientemente aparecido

Un volumen de 448 págs. . . . . $ 3.00

SENDERO DE HUMILDAD
Poemas — Nueva edición

Prólogo del eminente crítico español Enrique Díez Canedo

Un volumen de 200 págs. . . . . $ 2.50

LUNA DE MIEL Y OTRAS NARRACIONES

Novelas cortas y cuentos — 5.° millar

Un volumen de 286 págs. . . . . $ 2.50

EL MAL METAFISICO

Novela

Un volumen de 348 págs. . . . . $ 2.50

LOS MEJORES CUENTOS

Antología. — 2.° millar

Selección y prólogo de Manuel Gálvez

Un volumen de 260 págs. . . . . $ 2.50

EL SOLAR DE LA RAZA

8.° millar

Un volumen de 270 páginas, editado lujosamente por la Editorial Calleja, de Madrid . . . . $ 2.75

HISTORIA DE ARRABAL

Novela

Un volumen de 168 págs. . . . . $ 2.50

Traducciones:

CLERAMBAULT

DE ROMAIN ROLLAND

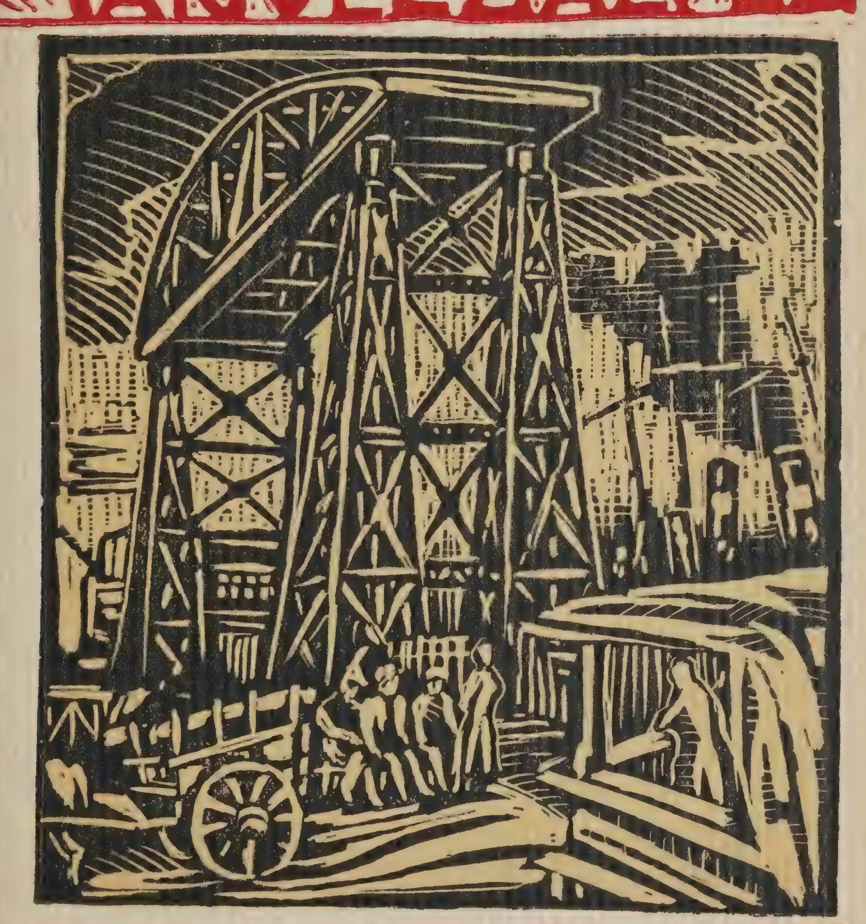
Novela — 5.° millar

Traducido en colaboración con Roberto J. Giusti

Un volumen de 288 págs. . . . . $ 2.00

HISTORIA DE ARRABAL

MANVEL GALVEZ



ILVSTRACIONES DE ADOLFO BELLOCQ

1922


EX
LIBRIS

